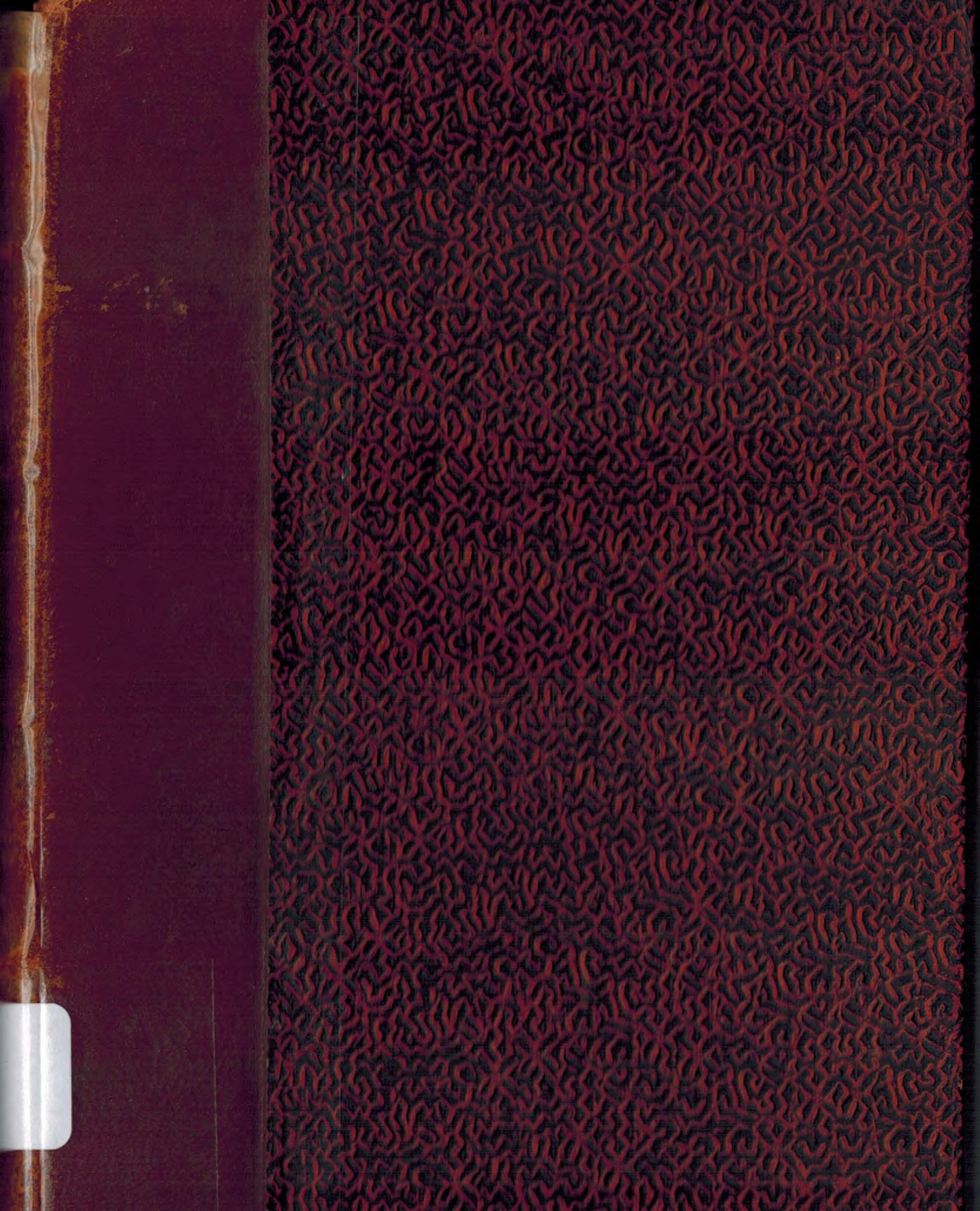
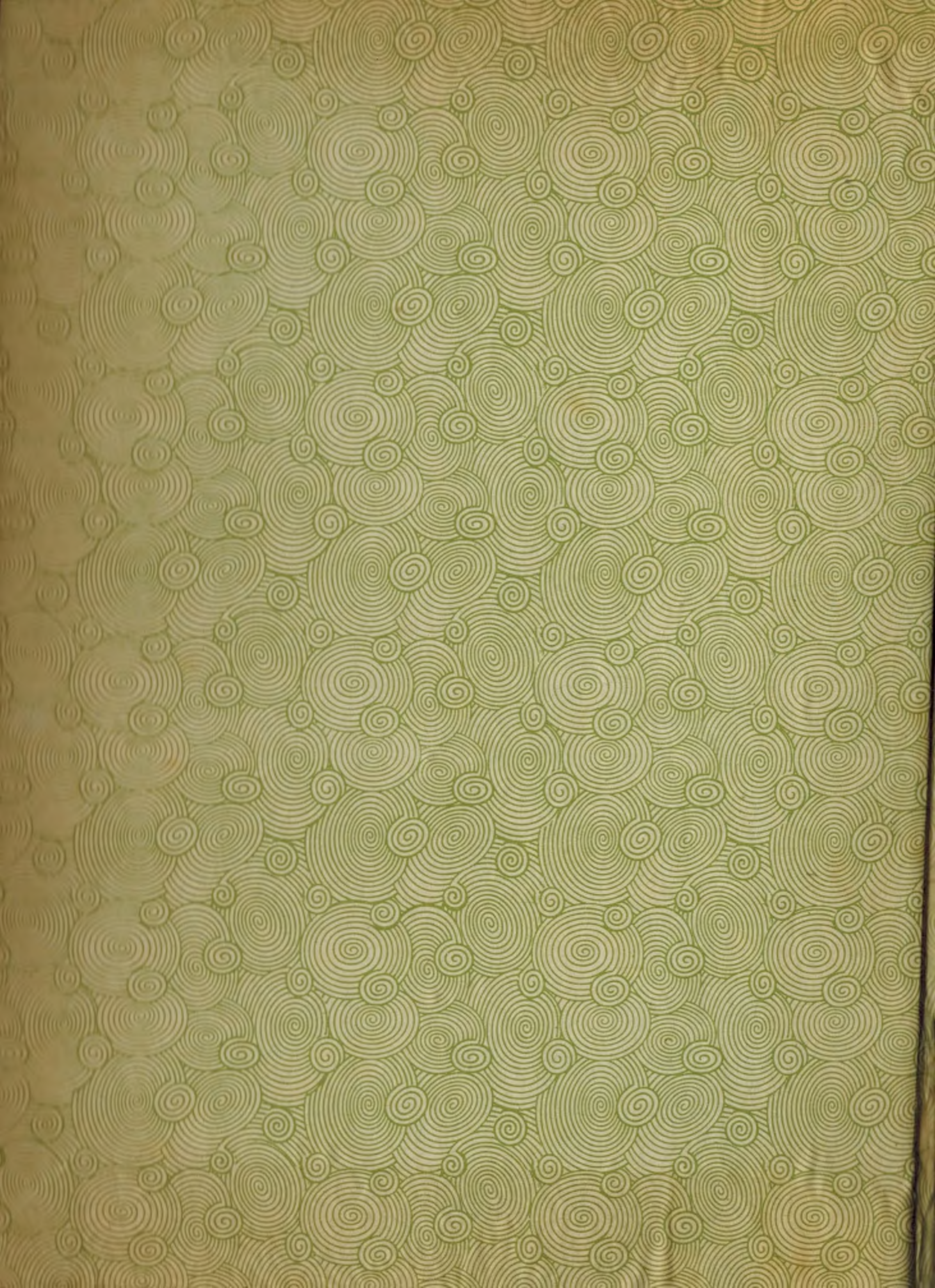
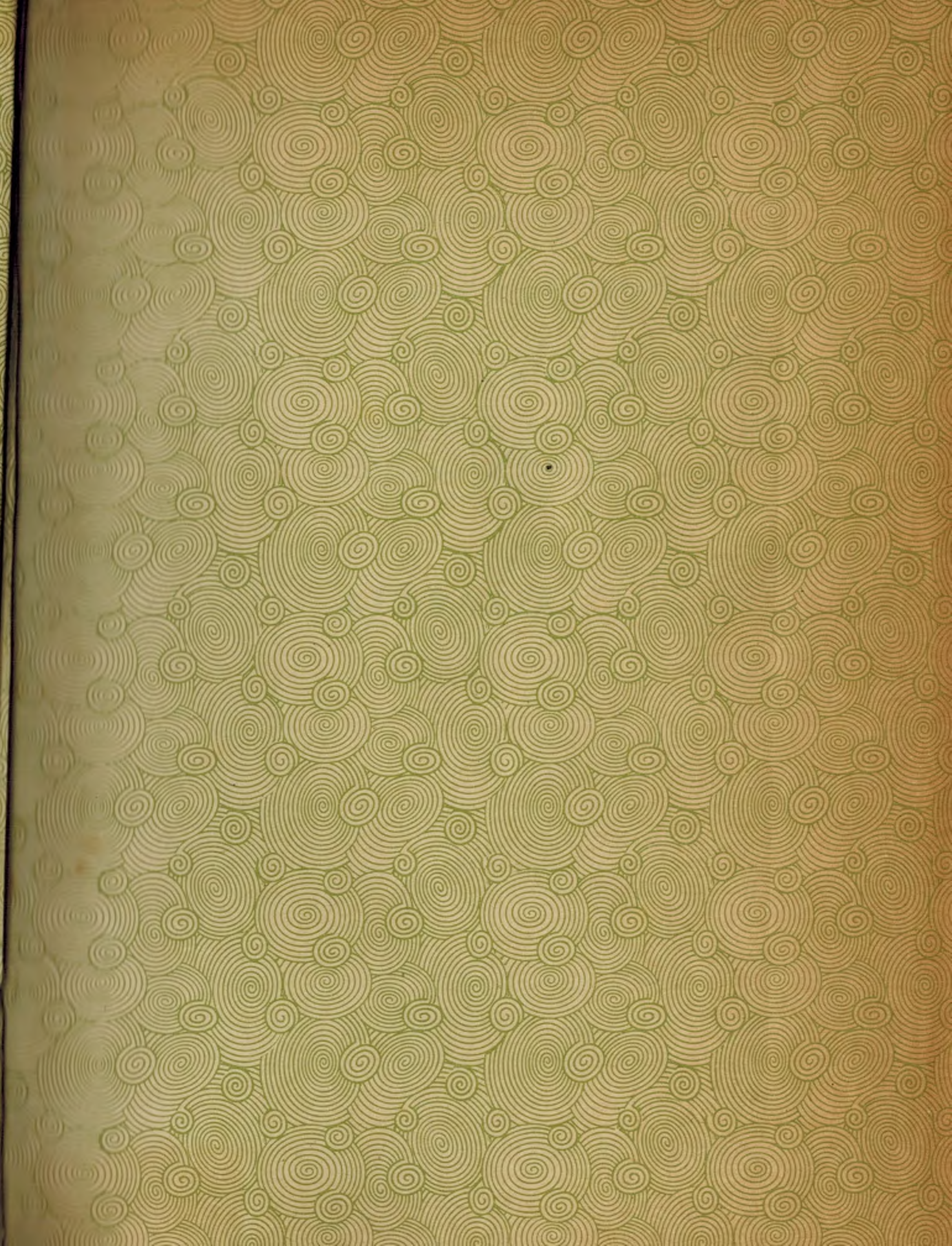






A Antonio Jiménez de Arcinaga

Cordial homenaje de

su amigo afmo.

[illegible]

Febrero 1924

ATARAXIA

ADOLFO AGORIO

ATARAXIA



MADRID
1923



DEL AUTOR [1]

La Fragua. — Prefacio de Joseph Caillaux — García, editor. — Montevideo.

Fuerza y Derecho. — García, editor. — Montevideo.

La Sombra de Europa (3ª edición). — Hernando, editor. — Madrid.

La Rishi Abura. — Editorial "Atlántida". — Buenos Aires.

De la tecnología del lenguaje. — Edición oficial de la Real Academia Española. — Madrid.

L'Amérique Latine et la France. — París.

La Fournaise. — H. Diéval, ed. — París.

Les nouvelles conséquences de la guerre (Propos d'un francophile). — Adhémar, ed. — París.

ENVIO

Era una forma blanca que me visitaba en el sueño. Era tan frágil, tan pura, que cuando la tuve cerca, en la realidad de la vida, creí que continuaba soñando. No había en ella nada más que sensaciones brumosas, muy discretas, sensaciones que se volvían ideas sutiles en la música de las palabras. Despierto, no me atrevía a moverme, temeroso de romper con la hostilidad de la réplica, que es instinto grosero, el encanto de aquella aparición milagrosa. Callaba en mí el gesto intelectual primitivo, para no ser más que espíritu afinado por la contemplación de otra vida. Era la Venus todopoderosa del imperio latino, la Afrodita ataráxica de los griegos, que, a través de Roma, se había desplazado hacia el occidente. Era el ge-

nio divino de Arlés, que presidía las justas caballerescas de Provenza; la chispa de Zeus que había resucitado en la Galia meridional la eterna armonía de la belleza y de la fuerza. Era la meditación en la tarde rosada de Córdoba, y la inquietud en las nieblas trágicas de Bretaña. La ataraxia es la única forma de abstracción del universo, la única manera de quebrantar la continuidad de la materia, y, por consiguiente, de percibirla. Desentraña el sentido íntimo de las guerras; descompone el absurdo sin elegancia de la democracia. Viene a mi pensamiento la figura ligeramente irónica de la escultura que me señalaba con sus ojos de mármol, en el muro del antiguo castillo, la mueca amarga del capitán ungido por el voto de sus soldados. Cercado de enemigos, en la grada más alta, junto al macizo portal de piedra, el capitán permanecía erguido, con una niña rubia en los brazos. Abajo, sus secuaces cruzaban los hierros. La sangre manchaba las losas, y algunos muertos cerraban ya a los asaltantes el camino de la suprema volup-

tuosidad. Entretanto, la niña parecía dormida, y su cabello desatado bañaba en oro las rodillas del triunfador; tenía la boca entreabierta, la garganta y los senos desnudos; y hubiera sido difícil saber si sus párpados caídos, sombreados por largas pestañas, se entornaban de miedo o de amor.

*

* *

Un artista, un creador de formas olvidadas, había esbozado en el anónimo, sobre la pared del viejo castillo, los rasgos perdurables de la ataraxia antigua. Había allí una psicología de los hombres. Había también una arquitectura moral de los siglos. Cuando en el alba de su epopeya genésica, el macho se desgarraba en luchas atroces por la posesión de la hembra, era solamente uno el que conseguía llegar hasta ella. Era un privilegiado, un jefe, siempre el mismo. Hacía pelear a los otros por el objeto de su embriaguez. Empujaba a sus acólitos hacia la

disputa sangrienta. Y mientras las escalinatas se embadurnaban de rojo, y a través de los muros se filtraba el ruido de las espadas, él se sentía seguro en su lascivia de bárbaro, defendido en su goce sombrío, amparado por la inconciencia de los guerreros que, ante la tierna desnudez de la mujer, desmayada en brazos del jefe, redoblaban su cólera contra sí mismos, ahogando con gritos su virilidad encabritada por la dura abstinencia de los campamentos. No obstante, en esa ruda exasperación de los soldados latía el enigma contradictorio del progreso. La inercia sexual significa en la historia un furioso deseo de perpetuidad, del mismo modo que el espíritu destructor de la guerra afirma la inflexible voluntad de vivir. Fiebre de vida, que es la continuidad en el espacio; fiebre de reproducción, que es la continuidad en el tiempo.

*
* *

La ataraxia nos dice que hay una vertiente mística de la sombra, y nos enseña a descubrir, ya que no a explicar, el fondo irracional de las fuerzas morales que arrojan a los seres al sacrificio obscuro de la muerte. Tú, Venus eterna y sutil como la noche que envuelve nuestras esperanzas; tú, Venus inquieta, surgida, no como la otra, de las espumas del mar helénico, sino de la tristeza infinita del imperio latino; tú me forzaste a comprender que es el silencioso sacrificio de nosotros mismos lo que hace posible las realidades del mundo moral. Tú me has concedido la facultad ataráxica que rompe la unidad homogénea de la materia. Tú me has dado ese gran sentido de percepción, ese veneno corrosivo que descompone, que analiza, que vence mi obstinada voluntad de creer. Tú has estrujado mi corazón con la arena amarga de los renunciamien-

tos. Eres la mujer con fe, vale decir, la duda con sexo. Has otorgado una individualidad al escepticismo, porque tu incertidumbre es afirmativa. Este libro lleva, sin embargo, algo de ti. Hay en él algo de tu desesperación, algo de tu sensualidad, algo de tu melancolía. No podrá llegar jamás hasta tu sombra, porque nada es comparable al maravilloso e inaprehensible resplandor que tu belleza ha dejado en los siglos. Posees la caprichosa monotonía del sol, que no hace dos días iguales, y la uniformidad cambiante del océano que no repite la misma nota de su cólera. Eres, pues, más útil que yo para la sociedad humana, puesto que tú convences con la ley de tus ojos y el ritmo de tus brazos. Por eso quisiera que este libro fuera solo para ti, a través del tiempo, o hacia los hombres y las centurias que crearon tu forma inmortal. Tú y ellos, únicamente, podrían comprender su espíritu. Y si hubiera desgarrado el velo de los caracteres cúficos, en los cuales los árabes africanos del siglo IX encerraban todo el impenetrable her-

metismo de sus viejos códices berberiscos, no habría vacilado en verter sobre estas páginas el oro de los misterios antiguos. Pero la sociedad humana ha cambiado; los pacientes copistas propagarían la revelación, y ya no podríamos, como en tiempos de Boabdil, ahogar su secreto en la fuente de los abencerrajes, donde la sangre de los degollados, mezclada con el agua pura de la sierra, huía cantando hacia la vega de Granada llena de sol... Ahora, en esencia y en verdad, logramos comunicarnos. Los enigmas ya no se pierden, disueltos en la sangre, sino que asoman, inesperados, en cada uno de nosotros, como auroras de la vida interior. Me acerca a ti una fuerza que sería inútil que explicase, porque nadie en el planeta sería capaz de asimilarla a su propia substancia moral. Nadie podría comprenderla. Y cuando en mis correrías he visto aparecer tu torso mutilado, cubierto de polvo y de musgo, medio oculto entre las zarzas salvajes, junto a los restos de tumbas romanas que orillan los solitarios caminos de Breta-

ña, me he sentido asaltar por una vanidad monstruosa, cual si en el desierto de los hombres no hubiésemos nacido para interrogarnos más que tú y yo...

A. A.

París, 1922.

A T A R A X I A

En aquella pieza tibia, mucho antes del alba, acababa de nacer el niño. Una vida muy larga, acaso milenaria, volvía con la primavera al mundo de las formas y de los objetos. Traía consigo una violenta preocupación interior y aunque siempre trató de aturdirla con la alegría bulliciosa de las palabras, toda la esencia de su pensamiento vino a la luz marcada por el misterio de una profunda tristeza. Su voluntad presente no había intervenido en esa suerte de deseo inexorable que le ordenaba vivir de nuevo en la bruma de las contradicciones; pero nunca le consoló la sospecha de que otra voluntad inactual, superior a los caprichos de la per-

sonalidad humana, una voluntad que es el destino mismo, pudiera convertirlo en el instrumento de las ideas que se agitan más allá del recuerdo, entre el bien y el mal, y que esperan la vida como una carrera hacia el equilibrio del universo. Salía de la sombra y no veía más claro que antes. Su nacimiento se confundía con una imprecación, y la duda se inclinó agriamente sobre la cuna. El niño, estremecido en medio de débiles gritos, tenía los puños apretados, las mejillas cárdenas y una línea brillante debajo de los párpados. El pequeño cuerpo despedía olor de tormenta. Diríase que buscaba con la violencia de su disgusto el camino de lo imperturbable. Los espectros interpretaron con sorpresa el sentido moral de la cólera que hervía en aquel fragmento de carne morada, apenas balbuciente, crispándose en una suprema protesta, y que lloraba sin lágrimas la desgracia de haber nacido. Esos sollozos, sin sentido en el tiempo, poseyeron su significado en el espíritu. Fueron la base de la infelicidad necesaria, la desventura razonable,

que hace posible el optimismo de nuestra existencia. El niño comprendió que su fuerza fatal, arrancándolo a la noche de los instintos, lo ponía en fecunda oposición con los hombres y las cosas. Fuera de la violencia de su protesta permanente, acallando la inquietud interior con la ataraxia del aturdimiento, encontró la serenidad dentro de la guerra y la contradicción. Halló en la lucha por lo imperturbable, la paz que no podía darle la muerte, la calma que no pudo respirar en el dogma, la presciencia que sólo se concibe lejos del orden. En contradecirse a sí mismo, en contradecir a los demás, descubrió el verdadero objeto de vivir. Mezcló con el principio de la inestabilidad de Hegel la ataraxia del bello desorden, haciendo soportable hasta la disciplina de los sensualismos. Y el cambio se produjo como una función de la lógica natural, combinando el milagro de las audacias revolucionarias con las formas puras y serenas. Pues ya no se trata de la resplandecente impasibilidad del mármol, de la vieja concepción de la vida: el goce esté-

tico por la ausencia del movimiento y de las pasiones enérgicas. El placer de crear en tanto se desfallece, de persistir mientras se sucumbe, de renovarse muriendo, posee su grandeza discreta, su fina y penetrante melancolía. Nuestro yo se desdobla en una esfinge huraña a la cual extraemos todas las noches un poco de su sangre. Bajo las cejas sombrías, dos ojos inquietos apuntan como puñales. Luego nos complacemos trocando en súplicas las amenazas y las sonrisas en sarcasmos. El niño no comprende que juega con su propio destino; se siente cada vez más atraído por el vértigo de los enigmas. Sigue desangrándose. Pero se extraña que la esfinge cambie y se vuelva casi imperceptible. A su lado no hay más que un fantasma absorto. A pesar de todo, se debilita entre accesos de fiebre, vacila, le pide más sangre. Ya no ve siquiera su sombra. El niño es ahora una cosa sutil e impalpable, una esfinge que pasa a través de otra esfinge. Por fin ha llegado a la verdad. Su pensamiento es seductor y terrible como una encrucijada. La duda late

con espanto... Y el corazón, estrujado, golpea las puertas del misterio en medio de ruidos siniestros. Entretanto, la inteligencia, llama inmortal, responde sin una queja a los aldabonazos de la agonía. Otra vez el silencio. ¿El niño ha muerto? No. Ha vuelto a nacer.

I

Era una vieja imagen de familia, maravillosamente pálida, de tonos vagabundos y obscuros. Las líneas se hallaban casi borradas. Manchas descoloridas parecían amenazar los últimos matices. El tiempo, resbalando como una caricia, había respetado, sin embargo, el encanto de aquella figura pensativa, llena de infinita melancolía, que luchaba aún contra la pincelada uniforme del destino. Aquel musgo maldito convertía lentamente un ensueño luminoso en campo de muerte. Aquella imagen, casi sofocada por la herrumbre discreta de los años, desapareciendo bajo la sombra del marco de terciopelo azul, roído por el polvo, había creado una manera de seducir con su agonía. Un casco de cabellos negros, rostro de atormen-

tado, manos de una palidez ardiente, fantasma de inspiración desvanecido sobre cuatro tablas negras... He ahí lo que se había salvado de la milagrosa imagen lanzada al olvido. Jamás alcancé a distinguir claramente si aquel mueble sombrío era un clavicordio o un ataúd. Pero todavía me persigue, sin apartarse un segundo de mi pensamiento, la extraña visión de una boca agria y fatigada, dos ojos escépticos acechando entre las espesas cejas, dos ojos inmovilizados en un relámpago de malicia y de espanto, medio ocultos bajo los párpados marchitos, arrugados, quemados por la fiebre del genio. Huellas de flores que se habían secado en otro tiempo, aplastadas contra el retrato, guardaban, sin duda alguna, viejos secretos de devoción, perfumes antiguos de arte y de piedad. Una mano de mujer había escrito debajo con rasgos finos: "Beethoven". Después seguían varias líneas ilegibles, un poco vacilantes, donde aquella alma desconocida había creído ver exaltar en la música del maestro su loca vanidad de enamorada. Y en

verdad que nadie como Beethoven logró vibraciones tan armoniosas y profundas de los ensueños defraudados. El recuerdo de la bella condesa Julieta Guiciardi flotaba como un cisne doliente, chorreando sangre, cuyo lamento moribundo invadía las siniestras palpitaciones del arte. Aquella queja era majestad, pensamiento, embriaguez. Beethoven había inventado la incomparable belleza de sufrir por medio de sonidos. Su genio poseía la sublime certidumbre de los mitos de Urania, donde la sabiduría antigua escuchó por vez primera la música eterna de los astros, el poema de la inmensidad.

*
* *

A pesar de mi voluntad de olvidar, evoco de nuevo el pasado. Mi fantasía vuela otra vez en torno del marco de terciopelo azul, gastado en sus bordes, roído por el polvo. Una fuerza extraña, superior a mí mismo, me mantiene sujeto a aquella ima-

gen pálida, fascinante, ennoblecida por una vejez triste, que parece soñar sobre el clavicordio... Muchos años han pasado sobre el retrato; si existe aún, sus líneas deben hallarse ahora completamente borradas. No obstante, aquel espíritu parece renacer a cada segundo y se empeña en hablar sin reposo a mi pensamiento. He creído reconocerle alguna vez en la prosa helada de Romain Rolland, o lo he visto desaparecer, cual sombra fugitiva, en las páginas nerviosas de Camille Mauclair... Pero fuera de sí mismo, Beethoven se me antoja un fantasma monótono. Es necesario devolverlo al infinito de sus creaciones para comprender su grandeza, del mismo modo que la gota de agua recobra su verdadera personalidad al hallarse mecida por su fuerza cósmica, al identificarse con el gran todo, después que ha sido devuelta al océano. Vayamos sin preocupaciones hacia la fuente que refleja la pureza mística de los crepúsculos. Beethoven sabe infundir vida a los desfallecimientos, prolonga las fronteras que tocan la noche y ha-

ce de la agonía una inmortalidad. Convierte la ataraxia antigua en una fórmula de embriaguez permanente. De pronto la mente se encoge. El corazón se detiene. Las arterias cesan de latir y el mundo se paraliza a nuestras plantas. Diríase que se escucha el respirar de las constelaciones. Un soplo ligero refresca nuestras sienes, y nos vamos sumergiendo lentamente en el aliento de los dioses. El éxtasis nos asalta como locura de divinidad. Nos sentimos dominados por una ataraxia de fascinación. Como Kant, que crea la música de las ideas, Beethoven funda la metafísica del sonido. La crítica de la razón pura es la novena sinfonía del pensamiento filosófico. Frente a frente se levantan estas dos formidables arquitecturas con su fondo común de inquietud y de genio. ¿Qué es la obra de Beethoven sino la descomposición del universo por la música, la eternidad hecha armonía? Su poesía sagrada enciende la fe en nuestro corazón, palpita, arde, se retuerce en el espíritu como una serpiente de fuego, para apagarse lue-

go en un sollozo de impotencia, sollozo que pone algo de rugido y de súplica, que sugiere amarguras desesperadas y que sólo en Beethoven alcanza la suprema intensidad del misterio.

*

* *

Beethoven se substrae primero a la influencia clásica de Bach y de Haendel; luego se emancipa de los sentidos físicos. Su vida es una lucha de purificación espiritual. Su arte es perfeccionamiento de alma, el perfume de un intelecto sin manchas cuyas ventanas se van cerrando implacablemente sobre el mundo... La sordera lo arrastra a la soledad, a la misantropía y lo pone en las fronteras del suicidio. Pero una gran música interior surge a la luz, quebranta las trabas corporales, florece como una maravilla de ensueño y se hace espíritu en el espíritu de los hombres. Beethoven es el ejemplo más alto de la materia estrangulada por el corazón. Sabe sutilizar a golpes de genio el es-

panto de las fuerzas vencidas. El maestro ha recogido en Platón la belleza del pensamiento infinito, y en Shakespeare la tempestad de las pasiones dominadoras. Su piedad no es fiebre insensata; no envenena, ni enerva, ni desgarra. El amor se revela como algo muy vago, algo muy sutil, que escapa a la sórdida materialidad de los sentidos. Pasa levemente, sin espasmos, como un remordimiento. El amor en Beethoven es un suspiro de cristal, suave y brillante, ligero e impalpable, tan frágil que el aliento de una rosa podría romperlo. Y es ese gran delirio de las cosas la única fuerza obscura capaz de luchar ventajosamente contra el genio y de ensombrecer para siempre los resplandores incomparables del milagro. Una noche de invierno, transido de hambre, Beethoven golpea a la puerta de su casa de Viena. Vacilante, cubierto de nieve, tosiendo con violencia, aquel espíritu que había deslumbrado a Napoleón, que había vivido sin mancharse en un siglo de tragedia, que había resplandecido como una aurora sobre la fies-

ta sangrienta de las monarquías europeas, no era más que un miserable harapo pegado al umbral de la muerte. Su ansiedad se prolongaba en el lamento de la noche. Había recorrido varias leguas a pie en la sombra glacial. Quería devolver al afecto de la familia a un sobrino disoluto, expulsado de Viena por culpa de escandaloso libertinaje. Nuevo rey Lear, roído por el espectro de la ingratitud, loco de amor y de angustia, había sentido bajo sus pies helados las sordas palpitaciones del abismo, mientras arriba, en la inmensidad sin luces, un coro errante parecía repetir las notas fantásticas de la quinta sinfonía e interpretar los sollozos del viento en los negros cipreses ateridos bajo la cruda mano del invierno. Las tinieblas envolvieron lentamente el fuego armonioso de los dioses. Beethoven empezó a languidecer como una antorcha abrumada por su propia humareda. El frío apagó las últimas chispas de Zeus, sembrando por doquiera gérmenes de muerte. Y en el doliente misterio de la hora postrera, el universo repitió, cual

eco lejano, los signos inquietos de la verdad revelada, como si hallara placer en recordar a los hombres que hay algo peor que la vida misma: el consuelo de que hemos vivido.

*

* *

Genio exaltado por la majestad de lo imperturbable, Beethoven trasmite la ataraxia como un flúido divino. Es, como Kant, el intérprete potencial del universo. El instrumento objetivo de aquel gran espíritu alcanza las más íntimas transformaciones de su siglo. El periodismo, que es la fiebre de lo contemporáneo, la ataraxia de la actualidad, hubiera hecho de Beethoven ese símbolo de los misterios permanentes que laten bajo las cosas pasajeras de un día. Todo lo eterno es actual.

II

Pero no todo lo actual es eterno. Lo que no se ha inventado todavía es el poder, más fuerte que el tiempo, capaz de secar, de estrujar, de marchitar la frescura de las obras maestras. Es que, en medio de tantas pulsaciones que mueren, el periodismo lleva escondida una vena de inmortalidad. Espíritus fuertes de todas las latitudes arrojaron su simiente en los surcos, y muchas veces marcaron su paso en el diario con la huella del genio. El periodismo constituye una energía transformadora de substancias, un valor instuitivo que no conoció la cultura antigua. Es elemento de conciencia actual y de adivinación histórica. Crea armonías y deformidades. Honradamente interpretado, en la pu-

reza de su sentimiento inicial, representa un factor formidable del progreso humano. Por otra parte, es la vía moderna del renombre. En su cauce sombrío, abierto a los secretos de la fecundación, donde se agotan millares de seres silenciosos, se salva la ignorancia del libro y se complementa la gloria de los triunfadores. Pero hay una tierna melancolía en el anónimo de la prensa contemporánea, sombra que hace brillar la sinceridad que se dispersa sobre la nada, la emoción sin cálculos groseros, sin vanidad pedantesca, volcada al azar de la vida. Ese desdén deliberado al contagio enervante del aplauso posee su discreto heroísmo. Pasamos a veces, como se recorre un papel en blanco, sobre las vaguedades acuñadas por firmas de prestigio. Nos hundimos con fastidio en el ruido monótono de las palabras que la crítica impotente nos señala como prodigiosas. Rozamos apenas, como huyendo de una polvareda mortal, la abominable trivialidad de los consagrados. Pero, de pronto, algo nos detiene, curiosos y absortos. Un sembrador

desconocido hace fermentar nuestra inteligencia. Una mano ignorada ha tocado nuestro corazón. ¿Qué significa esa música maravillosa de todo lo que jamás llegaremos a aprender? ¿Qué quiere decir ese latido oculto que parece mover a hurtadillas el mecanismo moral de nuestro siglo? Ideas que sangran, lanzadas contra el destino como flechas de luz, palpitando en toda su desnudez viril, debatiéndose en el silencio trágico del anónimo. Ideas que se nutren a expensas del mismo desgarramiento humano que las ha creado. Ideas que no conocen otra majestad que el dolor, y que brillan como ángeles taciturnos bajo su túnica de lágrimas. Ideas que descienden entre tinieblas, con tanteos inciertos, para morder en la entraña viva del pensamiento, arrancando al pedernal sombrío el relámpago que alumbrará nuestra ventura, la chispa furiosa que se fijará en la eternidad con el aliento de su gran agonía.

*
* *

Pocas tareas tan estériles como la de penetrar el secreto de esas pulsaciones dormidas en el seno de la frivolidad. Ningún esfuerzo más ingrato que el de descubrir al creador de un rasgo original y profundo. En el torbellino ruidoso del periodismo contemporáneo, vacío con estrépito, se siente como algo necesario el deslumbramiento de lo ignorado. Y siempre que se pretende desflorar una inquietud escondida, nuestra curiosidad se ve defraudada por la fuerza de lo impreciso, cual si asistiese a un desfile de cosas sin forma, de jirones viscosos, de espectros errantes... La pena de nuestro deseo finca en el terrible desencanto que sigue a las ilusiones demasiado ardorosas. Diríase que el universo es un mueble raro en el que buscamos ingenuamente misteriosas gavetas. Por algo la tradición semítica y cristiana abomina de la curiosidad. El primer hom-

bre se pierde por violar el espíritu de la inocencia. La curiosa Eva se sacrifica con cierta supercherería felina, que es la malicia de su mismo pecado. De niño leía con ansiedad la leyenda árabe del pez de oro, cogido en las redes de un pescador hambriento, el pez que ofrece fabulosas riquezas a trueque del silencio de tan extraordinaria aventura. Pero la mujer, otra vez la mujer, acosando al marido con preguntas importunas, echa por tierra el juramento y devuelve al pescador a la miseria. No me consolaba entonces de que se pudiera castigar tan despiadadamente el interés por las cosas del mundo, ese deseo de saber que es la más noble espontaneidad de la vida. Pero la conciencia de la afirmación espiritual se abre paso en la niebla aun cuando no lleve nombre. La personalidad creadora sabe desafiar el olvido sin mostrar su costra humana y pasajera. Constituirse en cuatro letras o ser simplemente una cifra, es afrentoso para la dignidad de la inteligencia. He ahí al escritor que aturdió a París con su nombre, y de quien no quedará nada.

He ahí a Charles Maurras, el apóstol del nacionalismo integral, que restituye a su grey, en forma de admirables bostezos, la verdad revelada por Dios. He ahí a León Daudet, maestro del insulto, especie de arcángel borrascoso, la voz de Moisés surgiendo desde el fondo de una caballeriza. Para la vanidad basta una fachada cubierta de signos violentos. Solamente la luz que busca su objeto en el infinito, por vías escondidas, nos cierra con sombras el camino de su propio origen. A pesar de todo, nos atrae la fuerza sugestiva del enigma perdido en la noche. Quisiéramos poseerlo en esa nueva dimensión del abismo, descubrirlo por el cálculo, dominarlo con nuestras matemáticas. Se trata de un elemento integral de lógica y de cantidad. Es una función geométrica de espacio y de tiempo que nos llevaría a la humareda de las primeras causas. El anónimo que se desplaza en un pasado de cincuenta años pierde sus términos racionales de multiplicidad, porque nuestro concepto unitario de la fuerza mental se divide por el contacto de realidades

cognoscibles. La unidad del conocimiento es diversidad y fecundidad. Pero hay valores demasiado brumosos, demasiado sutiles, demasiado imponderables, que escapan a los resortes críticos de nuestro mecanismo intelectual. De ahí el vigor del recuerdo, la milagrosa frescura de páginas que no sabemos quién ha escrito ni de dónde proceden. No existen barreras tan fuertes que sean capaces de paralizar un corazón lejano que quiere ensancharse. La vida misma del espíritu es en el fondo una cosa anónima. Desgarrado el velo de la esfinge, aparece detrás un misterio nuevo. Aprendamos a descubrirnos, a sondarnos, a reconocernos. No hay nada más desconcertante ni más enigmático que la grandeza de nuestra propia ignorancia.

*

* *

Cuando la admiración colectiva "toma formas de pánico", como exclamaba Dégas, si no existen ídolos se inventan. Es necesa-

rio, entonces, arriesgar el brillo fascinante de todos los vanos oropeles para construir en la soledad cada vez más profunda la arquitectura de nuestro gran poema moral. Este suprema sacrificio hace temblar los nervios con la embriaguez de los sueños que están por encima de la naturaleza humana. Existe ahí una locura sagrada imposible de definir con la herramienta torpe del vocablo. Los que hemos aprendido a despreciar a los hombres virtuosos que hacen de su virtud un negocio y que la usufructúan como cualquier vicio, comprendemos toda la penetrante emoción de este suplicio austero y sin finalidad en el orden de las satisfacciones sensibles. El renombre y el éxito no representan un valor para los ascetas del pensamiento, que buscan la gloria en sí mismos, con penosa tortura, a fin de ahogarla luego sin miedo como una sospecha malvada. Aceptan el propósito deliberado y obscuro de agonizar desparramando su genio. Hay en ello una suerte de eutanasia consciente, el bien morir por la voluntad propia, sin sacerdotes ni litur-

gias, el dulce agnosticismo de quien tuerce el sentido de la inmortalidad. La opinión de la mayoría es siempre una corte brutal, pues le falta tiempo para ser justa; necesita reprobarlo todo, lo bueno y lo malo, pues en alguna forma debe justificar su razón de existir. Confieso que me enternece este desfile de sombras mudas, que poseen el color de la noche, impenetrables como el destino que las va tragando sin muecas. Aunque uno mismo se sorprenda a veces de su simplicidad, siempre tiene que reprocharse su incomprensión. Soy probablemente un anacrónico que ha pasado sin cambio a través del tiempo. Me he filtrado mal. He traído conmigo un sueño de belleza y de melancolía que debí haber dejado en los siglos. No puedo concebir el éxito a base de ruidos. ¿Es que hay algo más inquietante y fecundo que ese anónimo del periodismo cuando está plasmado por el relámpago del genio? Una de las enseñanzas menos conocidas de la ataraxia antigua consistía en oponer la potencia creadora y la fertilidad del espíritu al evangelio

de la desesperación. Es un consuelo discreto que podría modificar hasta la compleja psicología de los fracasados. No existe situación más humillante que la del hombre que marcha al rezago de la fortuna y que medra con los desperdicios de la ajena riqueza. La desgracia impuesta deliberadamente al destino vale más que la voluntad subordinada al triunfo de las cosas. En el vértigo de la marea humana, mientras Ohnet flota como la escoria, Verlaine se hunde como el oro. Falta el gusano miserable capaz de deformar el dolor de los artistas que tallan su propia desventura como un diamante; falta la mano sombría que pueda manchar las formas mutiladas de la tristeza. Hay en el olvido una condena augusta, silencio de infinito, paz de inmensidad, la caricia de ese frío luminoso que nos envuelve en las noches serenas, polvareda de astros que brillan sin cólera, eternos y desconocidos como el espíritu que hace solitarios a los fuertes. Vida intensa no es otra cosa que meditación de alma y de cuerpo, que soledad

enérgica. La buena suerte ablanda los músculos y seca el corazón. Nada más prodigioso que el infortunio. El éxito es el paraíso de los tontos.

III

Porque, para los dioses, el éxito es una disciplina de fuego, la ataraxia gigantesca de los fracasos, de los derrumbamientos, de las catástrofes; el nuevo sentido que vuelve a la victoria una antesala del espanto. Allí ha quedado, como una inmensa sombra de piedra, entre las lagunas desecadas por la fiebre de Zeus, entre los peñascos deshechos, entre las cimas tronchadas por el rayo, entre los bosques arrancados de cuajo por la violencia de las tempestades. Allí ha quedado, con sus cadenas rotas, junto al ave monstruosa, el ave del suplicio, paralizada por el espectáculo de la indiferencia humana, aturdida de miedo, atónita ante el dolor sin recompensa. Allí ha quedado, como esculpido

en la roca de la montaña, el símbolo supremo de los sacrificios; la imagen doliente y fecunda que afronta la cólera de los dioses y que teme la libertad, porque adivina la ingratitud de los hombres. Prometeo es el genio acorazado contra los pensamientos rastreros, que desdeña los consejos discretos del buen sentido, que no cree en las civilizaciones atiborradas de sabias sentencias. Abomina de la humanidad hecha de retórica y desprecia el progreso que se alcanza sólo con palabras. Prometeo es el salvaje flexible, la naturaleza palpitante en el torbellino sagrado de sus instintos. Es la fuerza despeñada en la noche de su propia locura, persiguiendo la chispa errante del destino. Juego fatal y trágico, incesantemente renovado, drama sin desenlace, cuyo grito atroz se prolonga en los siglos; su rehabilitación se funde con el sarcasmo, su triunfo y su delito han sido siempre los puntos eternos de un mismo círculo. Nada más culpable que el éxito de los reformadores. El Hércules libertador es la posteridad que llega siempre

demasiado tarde, la posteridad que no tiene sentido para quien ha provocado su juicio. Resulta menos peligroso admitir con Aristóteles que el fuego nace del frotamiento de las nubes, que fingirlo un tesoro robado en el seno de Júpiter. La ciencia es inofensiva, porque cree ser exacta. Mata abiertamente, con franqueza, sin sembrar esas terribles sugestiones del infinito que fermentan como vinos de ensalmo. Nuestra verdad es la embriaguez que dura un segundo y que se disipa como fantasma bajo el aliento de las nuevas revelaciones. Desentrañar un secreto es abrir el camino de una amargura. Prometeo ha aprendido la ciencia de escarbar el sedimento áspero que queda en el fondo de los bellos ideales. Y detrás de las heces sombrías, junto al cáliz roto, ha visto fulgurar el relámpago de su copa de oro. Solamente resplandece el ánfora que ha engendrado una pesadilla sublime. Lo demás es humo fantástico, sombra y polvareda.

*

* *

Todavía se escucha sobre la escarpada roca el ruido de los hierros malditos. Una figura siniestra, chorreando sangre, muestra su vientre abierto, sus barbas salpicadas de espuma, sus puños desollados por el tormento. La boca pálida se crispa en un rugido de muerte. Prometeo acepta el perdón de los dioses, que no es otra cosa que la libertad de su padecimiento. Su cólera se apaga como un astro lejano. Sufre en medio de la humanidad impasible, acompañado por la naturaleza humillada, violada en sus misterios, la naturaleza que participa del dolor de los héroes. Las aguas del Esperquio suben hasta él y lo envuelven como en vapor de lágrimas. Los lobos lanzan aullidos desgarradores al pie de la Scitia. El viento trágico de Tesalia sopla sobre el Cáucaso y solloza en la dura ramazón de las encinas. La lluvia azota los desfiladeros, precipitando los to-

rrentes en el abismo, latiendo como espantosas arterias. Los cien valles del Eta repiten hasta el infinito el eco de la batalla de los titanes. Hierve el mar de los Alciones, enloquecido bajo el aliento divino de Delfos, y las tres mil oceánidas, fatigadas por el llanto, se secan como estatuas de sal y desaparecen en el cielo poblado de blancos espectros. El trueno y el rayo hacen coro a esta prodigiosa agonía. Pero el hombre sonríe al margen de su grandeza moribunda. No comprende la angustia irreparable que él mismo ha forjado. No sabe que Prometeo vacila y muere, porque ha quebrantado su ataraxia, porque le empieza a preocupar la caprichosa mutabilidad del juicio humano, porque se siente demasiado ligado al barro deleznable del mundo. Mientras cierra sus sentidos a las torpes sugestiones de abajo, Prometeo franquea el umbral del Olimpo, introduce el desorden en la morada de los dioses y no concibe mayor castigo que la resplandeciente expiación de su genio. Es el hombre que ha repartido su divinidad entre

los semejantes, el hombre que teme al hombre. Es el dios que se ha debilitado haciendo dioses. Si Prometeo no abdicase de su poderío, dejaría de ser el mito más profundamente humano de la antigüedad, humano en la locura desesperada, humano en la esperanza inmortal que centellea sobre su martirio. Renunciar al perfeccionamiento de la vida es sentirse esclavo. Quien no espera la renovación acepta el grillete. *Invideo, quia quiescunt,* exclama Lutero en el cementerio de Worms. A esta doctrina de resignación glacial, de tristeza impotente, el símbolo antiguo de Prometeo opone el evangelio del abatimiento glorioso, el principio de la fatiga creadora. Lutero, que no conoce el descanso, lo desea como un misterio amable. Los imperios caen aniquilados, los tronos se derrumban, deshechos en polvo; la concepción helénica del libre examen roe la brutal arquitectura de los dogmas y precipita el cisma cristiano; el pasado voltea sobre el presente toda su inquietud secular; las energías se agotan y se substituyen en la atmósfera

sutil de las ideas... Es el principio de Prometeo, eterno como la leyenda del héroe solar, el principio que muere y renace, que renueva los matices de la fuerza y del sufrimiento, que desespera a los sabios, que abandona a los guerreros, que se burla de Empédocles, que juega en aquel cielo maravilloso de Capua que vió desaparecer a Aníbal entre sus legiones enervadas, como en las ondas de un mar en calma, mientras el espectáculo de la belleza adormecía el corazón de los triunfadores... Prometeo no es más que eso: esfuerzo sin reposo, el milagro de la contradicción permanente entre el dolor y la esperanza. Marcha hacia la sombra, camina entre tinieblas, y el chisporroteo de su antorcha sagrada, desgarrando el velo de la noche, señala el paso de las auroras.

*

* *

Prometeo brota del seno de Climena como el mito helénico de la ataraxia. Vaya-

mos hacia la fuente íntima de su genio, descubrámosle en su acepción esotérica, en su verdadera alma olvidada, fundiéndose en el silencio de los misterios antiguos. Bajo los elementos desencadenados, entre torbellinos de tierra y de fuego, Prometeo infunde en la pobre naturaleza humana el sentido de la inmortalidad. Su ataraxia es la soledad de los instintos, el desamparo de las fuerzas creadoras que quiere trasmitir al hombre. Impasible ante la asechanza de las potencias obscuras, impasible ante el zumbido de su propia queja, que silba furiosamente sobre los pueblos acongojados, no escucha el bramar de las tempestades, ni el rugir de las fieras divinas, ni los medrosos lamentos de Hefestos, que remacha sollozando las cadenas contra la roca. Hasta el propio mensajero de Zeus es un verdugo enternecido, un rayo que fulmina entre lágrimas, la confidencia enmascarada bajo una túnica de puñales. Hefestos es el corazón que se rebela contra el mandato criminal del amo, pero a quien una ley superior obliga a la obedien-

cia. Mientras Prometeo queda aferrado al desnudo peñasco, Hefestos ahoga su dolor bajo un diluvio de blasfemias suplicantes. Diríase que su protesta es un susurro discreto y frágil, que temblara ante la sospecha de despertar a los dioses de su ensueño implacable. Prometeo adivina el desasosiego de su verdugo. Comprende profundamente esas rebeliones sutiles, inseparables de la moral clásica, y que forman con el suplicio una sola armonía. La unidad de la cultura antigua encuentra allí, sobre los basaltos cubiertos de musgo, sobre los hierros enmohecidos por la sangre, un lugar de austero recogimiento. Rasgando con finas meditaciones la máscara grandiosa de su tragedia, Esquilo pone en boca de Prometeo una frase que hallamos en el libro de los Salmos (P. CXIII), y que resume el sentido semítico de la ataraxia filtrándose en los planos más elevados del arte griego. La nueva mentalidad estética consiste en la afirmación de sí mismo por el culto de lo imperturbable. "Ojos tenían, pero sin ver; oyendo no escu-

chaban", dice Prometeo. El ideal cierra todas las ventanas que miran al mundo exterior. Hay una finalidad suprema y abstracta que mata los órganos del conocimiento sensible. Precisamente porque no ven, porque no oyen, sienten como nadie la fuerza expansiva de la vida. El mito de Prometeo es demasiado espiritual, demasiado intangible para medirlo en el orden de las realidades efectivas. Es necesario colocarse dentro de la ataraxia, que es intensidad de ideal y ausencia de vanas supersticiones. Hemos prostituído el fuego sagrado, abrasando la senda que él solamente debía alumbrar. La antorcha se ha paseado de un extremo al otro del mundo sobre paisajes lívidos, removiendo escombros de ciudades y restos de hombres. Muy pronto habrá de caer, como de un pedestal en ruinas, del puño de la humanidad envilecida. Flotante sobre la adivinación de los pensadores y de los artistas, el fuego se detiene en la chispa interior que palpita un segundo, se fija en el relámpago. Purifiquemos nuestra casa en la contemplación de

los valores inmutables. Que la llama arda sobre cenizas de virtud. Huyamos del estrépito de la riqueza, del falso deslumbramiento, de los ruidos fastuosos. Descubramos con el esfuerzo el único placer razonable de la vida: la voluptuosidad que duerme en el fondo del humano fastidio. "Nos creemos felices en no ser demasiado felices", dice el personaje de Shakespeare. Lo que llamamos dicha no es más que una aberración elegante de esa mortal monotonía que pesa sobre el universo. La salvaje franqueza de Prometeo hiere duramente los oídos hipócritas. Pero preferimos el dolor deformado, falsificado, disfrazado con marcas atrayentes y signos amables. Queremos ignorar que el verdadero placer no deja huellas y que la felicidad consiste en buscar la manera más agradable de aburrirse. Resulta asunto simple ocultar con máscaras nuestro disgusto de las cosas. Lo difícil es abolir el infortunio y perpetuar la simulación. "Raza audaz de Jafet", escribe melancólicamente Horacio. Sí. Raza de audaces desventurados, audaces en

la locura y en la prudencia. He ahí la augusta ataraxia de Prometeo, la dicha que aturde con su estrépito, la dicha que se hace farsa ensordecedora y la farsa que se vuelve dolor...

IV

Los conquistadores de América renuevan sobre la tierra las locuras del mito solar. España vive en carne de hombres la divina ataraxia de Prometeo. Es un resplandeciente ciclo de victoria, de agonía, de castigo. Sin punto de apoyo, resbalando en la mano de los remeros vacilantes las palancas que mueven el destino, roto el estrobo, quebrados los toletes, el barco se mueve y se agita con la suprema belleza de la inquietud, y se estremece en el ensueño de su voluntad frustrada, y rueda al azar como hacia una meta de formidables revelaciones. Pero ese leño que agoniza en el mar, esparce sus gérmenes sobre las aguas, y de cada fermento surge un mundo que flota, vinculando la mis-

teriosa fatiga de los plasmas, rehaciendo el prodigio celular de las cosmogonías. La España de los conquistadores no es más que eso: el universo coherente de la dispersión, un planeta que estalla en pedazos y que crea planetas. El ciclo de la voluntad hispánica se revela al espíritu como el más grandioso desangramiento de la historia. Pueblo que vuelca su vida para engendrar pueblos, raza que se desgarra conscientemente hasta tocar las fronteras de la muerte; estirpe que se recoge luego, maltrecha y moribunda, en el inmenso silencio de su dolor, y que renace para ampliar de nuevo los horizontes de su sacrificio. Dolor que se confunde con la agonía, sacrificio que llega hasta la locura... ¿Qué es esa sublime fuerza interior de España, fuerza sin frenos, sino la encarnación colectiva de aquel griego insensato que, poseído de divina furia, entrando al taller poblado de mármoles, hacía tambalear las estatuas en sus pedestales, rompiendo a martillazos los frutos de su genio? Ahí está, con las piernas hundidas en el mar latino, la gi-

gantesca figura de las epopeyas, torvo el ceño de bronce, con la mueca doliente del sembrador que escarba su seca herida para volverla fecunda en la sangre. Entre los jarales del continente bárbaro, la enorme fatiga de la conquista pesaba como una balumba de renunciamiento. Era el piloto genovés, mareante del destino, cuya mirada infinita se abría hacia la muerte como el abismo donde España vaciaba sus arterias. Eran los soldados duros y sobrios, modelados sobre los arcaicos cronicones de Oviedo, salidos de la gesta heroica de Mariana, colosos taciturnos de Viriato, cíclopes morenos de Indibil, celtíberos de Aníbal, que volteaban el rudo espadón como frágil junco y en quienes la elasticidad de la piel parecía romperse bajo la loca potencia de los músculos. Eran los seres tristes, muriendo sobre naves errantes, torturados de hambre y de sed, con los miembros espantosamente gangrenados, mostrando muñones siniestros, atados como rabizas al extremo de un cabo; eran los cruzados de una nueva fe moral que desprecia-

ba las advertencias agoreras de la superstición, que avanzaba a pesar de todo, mientras detrás de la línea inquieta del mar, en la patria lejana, junto a las piedras de las basílicas, ardía el pábilo azulado de los blandones y centelleaban las partesanas de los terciarios. El fuego y el hierro hacían el símbolo más poético de la confianza en sí mismo. Así es que la fe tomaba los contornos de un incendio lógico. Aquella humanidad embarcada, que se vuelve de pronto brújula de los océanos, devora el estímulo consciente de la fuerza. Y la popa solitaria, el codaste encendido por la estrella de los crepúsculos, dejaba el rastro de la verdad como una fantasía moribunda.

*
* *

La sangre de España chorrea sobre la tierra y sobre los mares. Diríase que es un átomo muerto que revive girando en torno de los astros. El genio de la conquista se

cansa de su propia grandeza. La gloria, la alegría, el placer reposan sobre pilares melancólicos. Los goces prolongados, multiplicados por el éxito, se vuelven tristeza. La repetición de la victoria adormece el encanto del triunfo. Una ventura persistente se crea la túnica de su dolor. La tristeza es una monotonía. De ahí que la voluntad hispánica retorna de América con la profunda postración del fastidio, ese grande y resplandeciente aburrimiento de los creadores. Fuertes y obscuros, los hombres que forjan la terrible substancia del mundo nuevo llegan al tedio como hacia un hervor prodigioso de gérmenes. Simples en su estructura de roca, plásticos en las formas de la inteligencia, complejos en las sutilezas del corazón, ora son fuerzas de alguna trova calenturienta, como Alonso de Contreras, cuya vida andariega y magnífica está por encima de las más desatentadas ficciones del ingenio; ya son modelos de pensamiento y de energía, como Pedro de Valdivia, que transforma la espada en arado, echando las bases de una

civilización agrícola, cambiando la loriga férrea del guerrero por el tosco sayal de los labradores. Entre el analfabeto Pizarro y el Hernán Cortés estilista y amigo de latinazgos, hay una variedad desconcertante de sombras de aventura. Es Núñez de Balboa que penetra en el océano embravecido, enarbolando la cruz, el agua hasta el pecho, queriendo abrazar en un arranque místico la inmensidad desolada del mundo. Es García de Paredes, rival de Bayardo, héroe del estupendo torneo de Barletta, cuyo acero hiende la historia como una proa fantástica. Es Diego de Mejía, que naufraga en una costa desierta, atravesando el corazón de América sin más equipaje que las "Epístolas" de Ovidio, salvadas de las aguas; Diego de Mejía, el poeta soldado, en lucha perpetua por el sustento con las fieras y los indios, y que, durante su angustiosa peregrinación, sabe hallar horas de reposo para verter en admirables tercetos castellanos los suaves versos donde, entre frases de idilio, suda lágrimas la amargura del gran desterrado. Es Hur-

tado de Mendoza, que anticipa la ciencia flexible y discreta de Saavedra Fajardo, el espíritu que abandona el ingrato ajetreo de las armas por las finas intrigas de la diplomacia. Caballeros que andaban a estocadas con el destino, la muerte en la tizona, el amor en la alforja. Porque aquellos hombres sutiles en la sensibilidad y el ingenio, tiernos como fruta madura para amar, eran de hierro en el infortunio. Y nos lamentamos secretamente al verlos esfumarse tan pronto en las brumas del tiempo. Y uno los evoca y los llama con el pensamiento a pesar de los siglos, y uno los siente caminar y desaparecer entre el polvo de los viejos tapices, como desprendidos de alguna tela de Velázquez, con el amplio sombrero empenachado de plumas rojas, arrastrando sus espuelas de oro, mientras la punta de la vaina asoma debajo de la suntuosa capa, plegada sobre el torso en un gesto arrogante de fanfarronería y de desprecio. Pero, en medio del fausto y de la soberbia, aquella fiesta arrebatadora de soldados y monjes victorio-

sos, entre chocar de aceros, trincar de copas y murmullo de oraciones, poseía la gracia austera de la muerte, la ataraxia del aniquilamiento. España se desangraba lentamente sobre el planeta, y a través del mar volaba el estertor cada vez más débil de sus venas vacías. Aquellos sublimes vagabundos no habían desdeñado mezclar con el indígena su sangre de semidioses. Querían fundirse en el cobre áspero de su obra maestra. Practicaban la libertad sexual en su sentido más profundamente humano. No era la unión sombría de miserable polvareda, sino una cópula inflamada de astros, la carne india gimiendo de placer, como en un rito de milagrosa fecundidad, bajo el espasmo viril de los conquistadores. Y en el orden espiritual España no se agotaba menos, corriendo detrás de maravillosas quimeras. He ahí los sueños del geómetra amurallado en la torre de los monasterios, enjuto a fuerza de vigilias y de ayunos, creando desde su celda la armonía de las arquitecturas, regulando el mecanismo de las esferas. Porque aquel

imperio donde no se ponía el sol era horriblemente estrecho para el genio de España, y ya se buscaba, en el cálculo matemático, la fuerza tangencial superior a la órbita, a fin de marchar a la conquista de otros mundos. El sacrificio fué demasiado largo, demasiado violento para ser jubiloso. De ahí la irremediable melancolía de la voluntad hispánica. Quien ama hasta la locura, entre llamaradas de fiebre, no necesita haber leído a Dante: lleva su infierno en el corazón. La decadencia no es otra cosa que el agrio proceso de un amor sin ventura en sus formas más desesperadas. Los poetas escapan por la imagen del atroz dolor de la vida. Místicos atormentados, el alma abierta al consuelo de la meditación, fundadores de las recónditas disciplinas de la conciencia, lavan sus manchas terrenas con la virtud lustral del cilicio. Y en el fondo de todo, la frágil esperanza, el deseo remoto de la justicia surgiendo sobre los misterios contemplativos del universo.

*
* *

Un día el puñado de hombres se lanza al mar. Cervantes no había nacido. España no poseía aún su libro símbolo. Pero aquella humareda de seres reconstruye sobre los bajejes crujientes, desafiando la furia del oleaje, el mito eterno del heroismo. Son algo más que hombres y algo menos que dioses. Su contenido humano, acercándolos a nosotros, los vuelve enigmas formidables. Corren los meses, y las naves a la deriva parecen tumbas que flotan. Cielo y mar, silencio, soledad sin fronteras, el abismo acostado sobre el abismo. La inquietud de lo ignorado invade el alma. Hay rebeliones, congojas, desfallecimientos. Entre tanto, una fuerza obscura, un motor perdido en la noche de la raza, habla desde las sombras de la subconciencia. España... España... A pesar de las privaciones y de la peste, empujada por ese aliento divino, la humareda si-

gue avanzando. Y cuando brotan en el horizonte lejano las primeras tierras, ante la vista maravillada de aquellos espectros pálidos, azotados por las tormentas, la humanidad realiza la esencia de su expansión integral y dominadora. Entonces surge desde el seno occidental del Mediterráneo, sacudiendo su melena de bronce, el gigante mudo y fecundo nacido del vientre de Urania, que volteaba a su antojo la rueda del zodíaco, los doce signos vacilantes en torno de cuyo fuste sombrío se apagaba sollozando la luz de las centurias, mientras anunciaba al rebaño aterrado los horrores de la inercia cósmica, la soberbia agonía del infinito, la ruina universal por el enfriamiento de la vida. El coloso se ha descuartizado a sí propio, dispersando sus miembros rotos en el planeta; pero España muestra el ideal a través de su majestad mutilada. Y ahora, en el fondo glacial de las catacumbas, bajo las espesas criptas de piedra, junto al lecho húmedo donde duermen las osamentas de los reyes, los viejos dogmas de la voluntad hispánica, aba-

tiendo la ceniza de los sarcófagos, perturbando el silencio de las bóvedas, galopan todavía como bestias sagradas, en un despertar de epopeya, abriéndose paso entre el ruido tajante de los hierros...

V

Ruido tajante de hierros, murmullo de oraciones... Había en ese estrépito algo de infernal y divino. Difícil sería separar de la lujuria sangrienta de los conquistadores el espíritu poético y errabundo (que es la ataraxia de lo insensato) del sentido de la vida práctica que es la negación de la santidad. "La mayor parte de las estatuas contemporáneas han sido levantadas a hombres prácticos por otros hombres prácticos. Un propietario que, en pleno invierno, echa al arroyo a enfermos y hambrientos, es absolutamente un hombre práctico, sobre todo si es millonario, y tanto es más práctico cuanto más millonario. Lo que lleva a este hombre tan alto es su corazón, a menudo un cora-

zón muy tierno, y que él sabe rechazar generosamente. Hay proveedores de carroña para los hospitales o vendedores de leche que envenenan todos los años a centenares de niños, y que ganan mucho dinero. ¡Y bien! Todas esas gentes desbordan de amor. Pero el principio las encadena. Es preciso ser práctico". Luego Léon Bloy afirma que un santo jamás es hombre práctico ([1]). En esta frase olvidada, ¿no se descubre el genio de lo imperturbable desprendiéndose de la repugnante animalidad del universo? La única y fecunda ataraxia representa el polo opuesto de todo pragmatismo. ¿Pero es que acaso no existe un fino instinto de lo práctico, un perfume discreto del ideal humano, en esa delicada vocación del sacrificio? Aun dentro de sus formas más ásperas, la idea sin sentido objetivo es lo que hace marchar a los hombres. Es cierto que la *leyenda dorada* resplandece en un concepto algo lejano de la belleza interior. Mirándolos desde la

(1) Léon Bloy: **Exégèse des Lieux Communs.** — Paris, 1902.

época actual, los personajes sagrados nos parecen demasiado roídos por una sed inferior de divinidad, deslumbrándose con la embriaguez de recompensas ultraterrenas. No obstante, la menor simpleza moral conmovía antaño la pluma del hagiógrafo. Muchos santos se hallan por debajo de la conciencia de nuestros días. Es que respondían al ideal de bondad de su tiempo. Pero el pasado suda enseñanzas jugosas y sabias. La historia mueve entre sus sombras espectros fascinantes. Y el principio sensible de la ataraxia, heredada del helenismo, no sólo excluye toda idea crítica con elementos psicológicos actuales, sino que aumenta la reducción de los pequeños fragmentos de verdad perdidos en un mundo falsario. De ahí que hasta las ideas místicas parezcan encarnar un sentido político dentro de la hora real en que viven y se desarrollan. Purificadas a través de los siglos, dejan en el tiempo toda su escoria. Solamente el profesional de la vida externa posee el escepticismo necesario para lubrificar los ejes de su pensamiento y

mover una pesada realidad. Francisco de Assis ahoga la tentación en su amarga abstinencia, y cubre con la hermana ceniza la vista apetitosa de los manjares. *In cibis quos edebat, sæpe ponebat cinerem, dicens fratribus, in abstinentiæ suæ velamen, fratrem cinerem esse castum.* Nada más absurdo para la realidad inmediata; pero nada más práctico desde el punto de vista de lo eterno. Discutimos palabras convencionales, vemos solamente máscaras de ideas y nos apartamos de la verdadera esencia de las cosas. La fantasía verbal es peligrosa para el porvenir de la conciencia humana. El hombre debería aprender con el dolor y la fatiga de su propio espíritu incomprendido el uso de los signos que maneja sin responsabilidad, como el niño que juega con armas fatales. Es necesario ponerse de acuerdo sobre el matiz de las proposiciones y el contenido mental de cada vocablo. Hay que habituarse a desprender del fárrago de la terminología su diminuta parte de oro puro o sea de substancia abstracta. Alfred Sidgwick, uno de los lógi-

cos más sutiles de nuestro tiempo, desgraciadamente muy poco conocido en los países de habla castellana, nos enseña a considerar la palabra como fuente de las inagotables confusiones del razonamiento. Con una claridad que no ha sido superada ni por William James en los Estados Unidos, ni por Bergson en Francia, agotando los medios para simplificar el instrumento de la expresión filosófica y poner un dique a las funestas complicaciones verbalistas, Alfred Sidgwick descubre cómo insensiblemente se sutiliza el convencionalismo de los símbolos hasta el punto de que una vez supuesto el significado de una afirmación, desaparece la notable diferencia entre el contenido lógico de lo que se afirma y la sentencia en la cual dicha afirmación está expresada ([1]). El error es de índole subconsciente; pero el error

---

(1) "It is supposed to mean an assertion, but it usually blurs the highly important distinction between an assertion and the sentence in which an assertion is expressed". (Alfred Sidgwick: **The Application of Logic,** págs. 77 y 78. Macmillan and Co., editores. — London, 1910).

existe. Sus fundamentos habría que buscarlos entre las brumas de la psicología. Sidgwick no explica el fenómeno. Se limita simplemente a comprobarlo. Lo cierto es que esta clase de lógica formal, exasperada por la idolatría salvaje de la palabra, cuesta algo más que dialéctica brillante y contradicciones insolubles. La humanidad le debe ríos de sangre y de lágrimas. El fetichismo ciego del lenguaje es la piedra de toque de la desesperación. Batallamos todavía con el ejército de sombras bárbaras, alargándose misteriosamente hasta nosotros desde el fondo de la caverna ancestral. No avanzaremos un paso mientras el culto troglodítico de los aspectos externos nos encadene al sitio donde de forja el sueño de la marcha hacia adelante, ese movimiento circular que es la eterna ilusión del progreso.

*
* *

Ser práctico no significa necesariamente consubstanciarse con un aprendizaje de bru-

talidad. Las formas más finas del pensamiento van hacia la verdad por las vías de menor resistencia. En el orden espiritual el fuego griego desfigura el aspecto exterior de los valores sin cambiar su propia naturaleza. La ataraxia no tiene entrañas. De ahí por qué los personajes del Renacimiento, época profundamente práctica, se nos antojan seres absurdos. ¿Qué decir de los tiempos de León X y Julio II, cuando el sutil Baltasar Castiglioni, en sus pragmáticas palatinas, fundaba el arte del perfecto cortesano, como Maquiavelo había fundado el arte del perfecto príncipe? ¿Qué decir del erudito Bembo, del cardenal Bibbiena, del arquitecto Bramante? Todos se mueven en un ambiente de prodigios, brillantes y extraños como creaciones de otro mundo. Por otra parte, el ideal ataráxico de los helenos, al fundirse con los primeros albores del cristianismo, estableció el milagro, que es la forma omnisciente de la convicción. Lo práctico significa lo sobrenatural, y la verdad es anunciada en medio de estallidos fantásti-

cos. Genoveva detiene con la oración a las hordas de Atila, y hace desviar de los muros de París, lamidos por oleadas de sangre, al torrente de monstruos desenfrenados. San Ambrosio, obispo de Milán, impide a Teodosio la entrada al templo, en tanto no se purifique de las matanzas de Tessalónica. Santo Domingo, fundador de los Terciarios, que no desdeñaba las luchas nobles de la espada, salva su "verdad revelada" de la prueba de las llamas, mientras el libro de los albigenses se convierte en pavesas. El ideal de la época no necesitaba armas para vencer, sino santos. Luego los dogmas organizan el cuerpo amorfo de la religión y fundan sobre las ruinas del milagro cristiano una civilización rudamente práctica. Son los conceptos estrechos de la sociedad contemporánea, vale decir, de la sociedad capitalista, la fuerza sombría que ha desnaturalizado el sentido de las realidades morales. Volviendo a Léon Bloy, podríamos ahora darle la razón sin remordimientos, culpando al "sórdido burgués, pretendido cristiano, sobre quien mueren to-

dos los símbolos de la vida divina como las perlas sobre un leproso". Guardemos esta chispa, aislada por un segundo, que huye de la humareda producida por el juego antagónico de las oposiciones subjetivas: el espíritu que niega el mundo exterior frente al objeto que lo afirma dentro del espíritu. No es vivir prácticamente vivir como un cerdo, con el hocico pegado a la tierra. Un paralogismo grosero nos ha habituado a colocar los atributos de la existencia práctica al margen de la bestialidad. La expansión de la persona humana, lógicamente concebida, no puede reposar en el goce de los placeres inmediatos. Hombre práctico es quien llena con un ideal el vacío agobiador de la vida. Hasta la ciencia mística de Luis de Granada y Teresa de Avila exige el conocimiento de algunas realidades para comprender y disciplinar la intuición de Dios ¿Y no es Gratry, padre de la Iglesia, quien, sin atreverse a declararlo abiertamente, descubre una finalidad práctica en la idea central del misticismo? "En el fondo, escribe, el fin del

universo, la voluntad de Dios, la verdadera religión, la verdadera dicha, se reduce a que los seres razonables y libres se amen entre sí y lleguen a formar un solo corazón, una misma alma y una misma vida". Diríase que nos hallamos ante la máxima política de un profeta de la renovación social del presente. Sin embargo, se trata de una idea mística que tiene sus orígenes en San Pablo, y ya se ha repetido que comprender a Cristo sin fatigas ni desabrimiento, "implica hacerse cargo de todos los tesoros de la ciencia de Dios". Pero no salgamos de las nieblas teológicas. Sus sofismas verbales no son sutiles, sino brumosos. No intentemos ser arrastrados por el vértigo de las controversias ortodoxas y heréticas. Bástenos saber que hay un fino sentido práctico del destino humano en el duro ejercicio que nos enseña a descubrir diariamente en sí propio el camino que nos llevará al conocimiento de nosotros mismos. Llegar hasta la morada interior es el fin místico. Lo demás, esa cópula de sexos abstractos, la fiesta del amor divino que cele-

bra el alma con su Esposo, no puede interesar sino como elemento de perfección moral. "¿Dónde está ese castillo?", pregunta Santa Teresa. En nuestra alma; lo llevamos con nosotros. Luego agrega: "Entrar en él es entrar en sí mismo. ¡Cómo! ¿Entrar allí donde ya se reside? Grave error es creer que cada cual entró en sí mismo. Además, ¿sábese acaso qué se quiere significar con esto? Entrar en sí mismo implica por lo pronto conocerse a sí mismo, luego conocer a Dios en el centro de ese maravilloso castillo..." Si Dios constituye la última última etapa de la perfectibilidad (pero no de la perfectibilidad en el sentido de Condorcet), todas las fórmulas de disciplina mística deben fluir naturalmente como distintos planos de cultura moral. La ataraxia ha dado al misticismo el dogma imperturbable de los ejercicios. Su filiación helénica, fundamentalmente afirmativa de la individualidad, ha puesto sobre las formas infinitas de las substancias lo que he llamado *el fino sentido práctico del destino humano*. El propio Paul Rousselot,

en el libro que consagra al estudio de los místicos españoles, no oculta el parentesco con los conceptos espirituales de Grecia. La "idea en sí" es una conquista de Platón nacida en sus oposiciones con lo fenomenal. Cuando la idea pasa por el espíritu humano, deja de ser lo real para convertirse en un reflejo de la idea en sí o sea la imagen de la realidad. Por otra parte, estoy seguro de que el yo construye la idea y da forma psíquica a la realidad. En una palabra: el yo hace lo fenomenal. Pero este yo personalísimo gana en universalidad cuando pierde su pudor psicológico, rompe las leyes del miedo interior, dejando de ser el yo único para convertirse en el yo de los demás y ser el eje del mundo moral. Fray Luis de León, por ejemplo, encarna la ataraxia alejandrina de este centro de la universalidad del yo, el Dios que contiene en sí las formas, las razones y los modelos de todas las cosas. He ahí lo que Plotino llama inteligencia. Para no retornar a las perniciosas complicaciones del verbalismo, podríamos decir que, al igual del

yo o del Dios eje de todos los valores metafísicos del universo, es la inteligencia que lo posee todo, pero permaneciendo en sí misma. Cada objeto comprende todos los demás; es todo en todo, aunque no se confunda con los otros y permanezca distinto. ¿No agrega Plotino que la inteligencia en acto es las cosas cuando las piensa? Luego nada valen los signos que han puesto su nota de peligro y de desconcierto en la verdadera interpretación de la ciencia mística. ¿Qué importa que Jesús sea el Pescado que los primeros cristianos perseguidos por el despotismo sanguinario de los Césares esculpían con fervor en la piedra húmeda de las catacumbas? Más tarde fué el Cordero, el Monte, el Camino, el Brazo de Dios, el Padre del siglo futuro... Los nombres cambian, pero su esencia sigue siendo la misma. La palabra es la fachada un poco tosca que oculta profundas inquietudes, el vaso que guarda los enigmas. Una verdad esotérica palpita bajo el obscuro torbellino de los símbolos. No es posible vaciar sin motivos trascendentes el con-

tenido interior de los instrumentos de expresión, para hacer de la frase un resorte frívolo, tal como lo soñaba Horacio en medio de su epicureismo sonriente, mezcla de buen sentido y de gracia escéptica. El genio helénico, amando con intensidad, cambiando el interior de las cosas, renovando la vida bajo las formas inmutables de la palabra, dió a la edad cristiana un orden práctico: la vía más segura para la suprema ataraxia, la chispa sagrada que, substituyendo el misterio de Dios, quebranta la servidumbre del corazón.

VI

Y una tarde, a la sombra de las murallas seculares de Avila, mientras los campanarios prolongaban en el crepúsculo su sollozo de bronce, tuve la revelación de ese genio helénico de la violencia que, con máscara cristiana, conquistó al mundo debilitado por el enervamiento de las prevaricaciones. Anochecía cuando una delicada figura de mujer se abrió paso entre los sillares de granito marcados por el hierro. Imagen tierna, figura doliente y sombría, iluminada a ratos por los fulgores del éxtasis, el cristianismo no creó jamás en los siglos representación tan armoniosa de sacrificio y de piedad. Teresa de Avila no es un fantasma que se eleva en el éter, por encima de los hombres y

de los dioses, sino una realidad animada contra las corrientes de su época, inquietud que investiga en los azares de la fe, conciencia que busca en la sabiduría del mundo antiguo el principio vivo, eterno, enlazante de todas las formas del espíritu que unen el conocimiento de Dios con las amarguras humanas. El alma de Santa Teresa es un maravilloso mecanismo de lógica. Su aliento pasa sobre las centurias como enérgico ensalmo, organizando el pensamiento de los místicos, infundiendo a los soñadores disciplinas geométricas. Su fe parece razonar con la certidumbre de un matemático. Y en verdad que hay algo misterioso y sagrado en esta precisión sobrehumana de las virtudes. Bajo el fuego devorador, en la llama atroz que abrasa la miserable existencia terrena, los valores del espíritu cobran una belleza sin ejemplo. La santa de Avila ve el sendero de Dios y marcha hacia él mientras su corazón arde y se consume, mientras su vestidura corporal crisporrotea y se deshace en medio de relámpagos. En la fiesta divina de

las encarnaciones y de los milagros, Teresa persigue la solución exacta de un problema interior. Y la solución llega, fatalmente, como desenlace dramático, gota de dolor que roe, soplo ascético que purifica, angustia que devuelve la serenidad y que renueva el goce de las sensaciones abstractas. Santa Teresa inventa el cilicio de los desdoblamientos, forja el silencio suplicante que escruta las tinieblas, la incomparable tortura de la senda que avanza en la noche, que explora sin voluptuosidad y que descubre sin emoción. Es que la doctora de Avila presiente todos los secretos de la sombra. Uno a uno aparecen los factores ocultos, hallados en la hora oportuna, adivinados antes en la crisis suprema de las transformaciones.

*
* *

"Vivo sin vivir en mí..." He ahí la fórmula deslumbrante y reveladora. Teresa ama y comprende fuera de sí misma. La divinidad la mueve, le tiende lazos sutiles y

acaba por incorporarla a su propia esencia. Pero Teresa lleva más allá el esfuezo consciente, construye sus *Moradas* sobre el amor, y eleva en el desierto, con manos piadosas, la delicada arquitectura de la fe. Su misticismo resulta enseñanza estética; su devoción es perfume que seduce, belleza que atrae, arte que conmueve. Hierve en su pensamiento vacilante el soplo soberbio del mundo antiguo. La santa de Avila desciende entre lágrimas, entre humareda, entre tempestades; se hunde en el abismo de la fiebre hasta tocar el fondo moral de la vida. No importa que le viertan venenos, que la acechen demonios, que la acosen tentaciones. No importa que el destino pase con estrépito llevando la máscara sonriente del pecado. No importa que las herejías inunden al mundo, que las disputas irriten a la humana grey, que las supercherías perviertan el sentido teológico de la historia. La humildad disipará las nubes sinestras y ahuyentará las depravaciones del pensamiento. La plegaria subirá en torbellinos celestes, fundida en el

infinito del universo, aplastando toda baja sospecha, matando en los labios toda injuria malvada, borrando para siempre la huella sangrienta del castigo. Teresa de Avila llega a la ataraxia por la vía atormentada de la pasión. Su perfeccionamiento es el duelo interior sin reposo, el conflicto sublime sobre el cual descansa la paz del espíritu. No hubiera podido recogerse, como San Agustín, en el recuerdo agrio de la impostura. Teresa es una bacante ebria de sensaciones morales. Un cristianismo perturbador palpita en la gracia helénica de la forma espiritual, en los modos eternos e inmutables de la piedad religiosa. El pasado no habla a su sensibilidad ningún lenguaje de severas reconvenciones. Ella ha venido al mundo para iluminar, y no para arrepentirse. Jamás su carne se ha sentido maltratada por el gusano de los apetitos culpables. Teresa estrangula lentamente el fantasma de una juventud frívola, llena de sorpresas y de ardores, alejando "la afición a las galas y el deseo de contentar y parecer bien". San Agustín re-

construye en el renunciamiento de la vanidad el edificio arruinado por los estragos del libertinaje. En cambio, Teresa no conoce la vida disipada ni la molicie de la conciencia. Desde la edad primera evita las heridas que deforman aun cuando luego cicatricen. Huye de los materialismos que embriagan, de los placeres que embrutecen, de las aberraciones que trastornan. No hay sólo una fachada austera en esa penetrante teología de las intuiciones superiores. En el fondo se agitan enigmas de belleza, valores que se desenvuelven como un sistema de fuerzas imponderables creadas para rechazar todas las sugestiones obscuras. Teresa afronta calumnias, odios, persecuciones. Los denuestos se aplastan contra ese planeta moral como el latigazo de la lluvia contra la frente de los mármoles. La intriga resbala en silencio. Imposible reconocer en ese proceso de dolor las huellas de la perversidad humana. Todo se borra en esa piedad de lógica, todo se pierde, hasta el sabor de la injusticia. Y así llega a los fervores de una segunda vida, a

los arrobamientos delirantes de la agonía. Mientras su salud se consume entre los estertores de la fiebre, la oración se abre paso como un soplo inflamado, "una oración tan continua que ni aun el sueño podía interrumpir su curso". Luego se desposa con Jesús en arrebato místico, y cae más tarde, enervada por el éxtasis, en el locutorio del convento de la Encarnación, a los pies de San Juan de la Cruz. "Fémina inquieta y andariega", exclamó despectivamente el nuncio Sega. Nada detiene el destino de ese ensueño supremo. Y Teresa reconoce en la frase enemiga la fisonomía de su propio pensamiento, y comprende entonces que su inquietud de creyente y su fe de artista forman una sola divinidad.

*

* *

Santa Teresa hace de los dogmas armas flexibles y discretas. Se mueve dentro de ellos, libremente, y cuando parece ultrapasar las fronteras de lo establecido, los dogmas

la siguen. Por otra parte, la crítica tradicional ha visto ensueños de sensualidad donde no hay más que preocupación de pureza. El misterio de la transverberación proclama la soberanía de los secretos demoledores. Teresa aprende a vivir peligrosamente, no en el sentido de Nietzsche, buscando el desbordamiento de las energías en mundos abrumados por la riqueza de los antagonismos, sino en la inquietud de ese martirio interior, siempre renovado, que hace de la gloria mística la mayor expansión de la vida sublime. Un genio benévolo va barriendo los factores miserables que turban la pureza de las ideas y que ennegrecen la claridad del pensamiento. El arte de investigar la conciencia humana en sus formas más elevadas, debe despojarse de las ataduras groseras, domesticar la barbarie de los instintos, suprimir las abominaciones brillantes que nos enferman con su contacto y que nos acechan con su halago. La santa de Avila es el ejemplo más puro de la impasibilidad que construye en medio de crisis supremas, sor-

da a los ruidos exteriores. A su lado caen, deshechas en polvo, las trabas que estorban el vuelo infinito de los espíritus. Y a pesar de todo, en esa resplandeciente ataraxia, las verdades más sutiles parecen vibrar, sonreir, anunciarse entre perfumes de flores, pasar con zumbido musical de abejas de oro. La filosofía posee en lo imperturbable su ruta más segura. Ella es el método para descubrir a Dios. Ella es enemiga de esa paz del alma que juzgamos extraña en el universo de las fuerzas afirmativas. Ella, aun negando la vida, aun cuando fuere atea y se pierda en la nebulosa de las primeras causas, toca a Dios con los instrumentos del absurdo. Solamente esa deidad marmórea de lo impasible, esencia absoluta del helenismo, nos enseña a subir sin mancharnos. La conciencia del perfeccionamiento no presta atención a todas las pulsaciones del planeta. De ahí que la lucha interior sea la fuerza que nos lleve más alto. Los parnasianos franceses del siglo XIX hicieron majestuosa vanidad de una quimera justa. Hay que apren-

der a arrojar lejos de sí los desechos mentales que ensucian las auroras de la contemplación. La suprema ataraxia llega a la verdad por el desprecio.

VII

La ataraxia se afina por lentos procesos de eliminación. Porque basta sentir las verdades interiores que dominan el destino humano, para olvidar la envoltura grosera del mundo. Es una forma griega que ha renacido con fatiga, un Partenón sin sobriedad, pero inundado por la discreta melancolía del reposo. Voces de sochantres, muy quedas, que acompañan la antífona, candelabros que lloran lágrimas amarillentas, la custodia que resplandece en un incendio de pedrería, incensarios envueltos en nieblas enervantes... Bajo la bóveda, en el silencio fresco y profundo de la mañana, corren, medrosos, algunos acordes vagabundos. La nave arde. En el fondo, el altar fulgura como una cons-

telación. Cristo, la cabeza caída sobre el hombro, abre trágicamente los brazos flacos sobre el paño negro, salpicado de plata; su rostro pálido, iluminado por un resplandor de agonía, mira con piedad infinita el hormiguero de sombras que empieza a agitarse sobre las losas. Una humareda sutil, flotando a través de los cirios, se pierde muy lejos entre el bosque de llamas inmóviles. Figuras extrañas se mueven a mi alrededor y me traen el recuerdo de otra vida. Me encuentro solo, contra un pilar desnudo, y para aplastar la sugestión del espectáculo que deslumbra mis ojos, evoco grandezas lejanas; pienso en Toledo, en Sevilla, en Burgos, en las viejas catedrales de España, cuya penumbra discreta calmó mi fiebre sin objeto y meció mi destino en un inmenso olvido del mundo. Pasan monaguillos llevando luces temblorosas, con las casullas blancas, ligeras, palpitantes como la garganta de una paloma moribunda. Religiosos de hábitos negros bordados de violeta, con las manos juntas sobre el pecho y los labios que tiem-

blan en el misterio de la oración. Luego monseñor con el hisopo de plata maciza taraceada de oro, la mitra relampagueante sobre su cráneo de monarca piadoso y magnífico; monseñor cuya imagen aparece seductora, humilde, absorta en los versículos del Eclesiastés que murmura con voz cavernosa; su estola cuajada de rubíes y guarnecida de perlas, su sobrepelliz de ensueño levantándose a impulso de los brazos que bendicen, moviéndose como las alas de un fantasma. Sobre el pectoral cubierto de terciopelo encarnado el crucifijo de ébano hunde su grieta de tinieblas. Una voz sonora que parece venir de lo alto, estremece los sillares de piedra. Cantos de serafines, rumor de plegarias, músicas y perfumes. El órgano despierta en Beethoven, lleno de majestad, inquietante en su sentido metafísico, dominado por el pensamiento del infinito. La *marcha fúnebre* da la sensación de sí mismo a mi espíritu que resbala sobre la realidad de ese arte desgarrador, tristemente huma-

no, que toca las grandes verdades de la muerte.

*

* *

Lentamente, voy saliendo de mi fascinación como de entre una niebla absurda. ¿Dónde estoy? No me encuentro en España, sino en Francia, junto al corazón de París, en la Madeleine, en medio de esa atmósfera de paz moral que nos consuela del dolor de la vida. Un ataúd que pasa... Los hombres como oleadas de tinta, los hombres que se deslizan detrás con andar de espectros, me devuelven a la angustia vulgar de nuestro sér miserable, pobre gusano pegado a la piel del planeta. Y esa angustia sin teatralidad, ese sufrimiento sin rugidos sagrados, atrozmente sincero, es menos seductor que la tragedia divina que inspira la agonía de los dioses. Una mujer joven y bella había muerto, una mujer que comprendía, tal vez mejor que yo, lo que se ha llamado la dicha de vivir. Por haber comprendido tanto, acaso

por haber descubierto el sentido de esa embriaguez insensata que es nuestro paso por el mundo, la fatalidad se cruzó una tarde en su camino. Y la muerte que troncha la flor sin herir su perfume, inmovilizó en el rostro de su elegida la sonrisa que se despide de la belleza. Es que no se comprende la forma armoniosa como entidad abstracta, como idea inseparable de la sensación física. Es que no se concibe la belleza más allá de la vida. Por otra parte, todo oropel es la hoja brillante que oculta el vacío de la sinceridad. Pero hay valores demasiado imponderables para aceptar el análisis. Debajo del concepto cristiano de la caridad, debajo de la gloria ruidosa y del fausto que enloquece, se agitan las fuerzas obscuras de la horda capitalista. ¡Ah! Temo por un segundo que mi amargura mental ensombrezca cuadro tan tierno, tan sugestivo, tan lleno de amor en medio de su espantoso padecimiento. Pero el demonio de la lógica, cuyo veneno chorrea implacablemente, muere estrangulado en mi corazón. Era el coloquio íntimo de la duda y de

la fe, que se apodera de la conciencia debilitada del incrédulo, la beatitud religiosa evolucionando por la ataraxia del enervamiento. Y entonces, mientras los coros languidecen y el órgano arrastra las últimas notas moribundas, nace en el fondo de mi sér una onda suprema de simpatía moral, un impulso desconocido de solidaridad humana que envuelve en su bálsamo de misterio a la pobre muerta que ha de ser olvidada, porque el olvido es la única sabiduría del dolor; a la mujer toda belleza, toda bondad, toda juventud, que ya no volverá a la tierra con el mismo nombre ni con el mismo destino, y de quien puedo decir que, diluída en la música, escoltada por el propio desfallecimiento del genio, hecha luz y embriaguez, pasa entre el estruendo de la basílica, a la sombra de las arcadas, y se va para siempre...

VIII

El fondo discreto de sabiduría en la ataraxia antigua consistió en hacernos comprender que nos vamos un poco para siempre todos los días. He ahí la tragedia de envejecer. Hamlet comprendió como ninguno la amarga enseñanza de los clásicos. Por algo vive y muere en la contradicción perpetua de las formas mentales. Fué más allá del lugar donde el genio de Shakespeare quiso llevarlo, envenenando la embriaguez de la mocedad con la experiencia morbosa de las decrepitudes. Laertes lo pinta falsamente, ante Ofelia, como un desbordamiento frenético. "La juventud, dice, aun cuando no tenga nada en su contra, halla en sí misma, su propio enemigo". *(Youth to itself rebels,*

though none else near. Act. I, Es. 3). Pero Hamlet es demasiado reflexivo, sus pensamientos son demasiado agrios; su paso por el mundo no consigue dar la ilusión del optimismo juvenil. Sabe que envejece rápidamente, y se empeña en encerrar todo el drama humano en la formidable intensidad de una hora. "Fatigado ya de todo, dice, juzgo molestos, insípidos y vanos, los placeres del mundo. Nada, nada quiero de él; es un campo inculto que sólo abunda en frutos groseros y amargos". La ataraxia es una máscara de su fastidio. Hamlet pone el vacío entre su corazón y el espectáculo desabrido de las ideas. Vive en el vértigo. Nace, ama y muere en un segundo. Sus movimientos son tan precipitados que sugieren al espíritu vulgar el cuadro desconcertante de la locura. Pero ese torbellino está movido por energías coordinadas. Es el bólido que atraviesa los tiempos y del cual no podemos fijar más que un resplandor errante en la noche. "Me hallaba en mi cuarto haciendo labor, dice Ofelia a su padre, cuando el príncipe Hamlet, la

ropa en desorden, sin sombrero, sucias las medias, sin atar, caídas hasta los tobillos, pálido como su camisa, golpeando las rodillas una contra otra, el semblante triste como si hubiera salido del infierno para anunciar horror... se presenta delante de mí" ([1]). El rey Claudio no sospecha el origen de esa locura. Por otra parte, la escuela positivista italiana ha forjado sobre Hamlet el tipo del delincuente loco, con su característica: la alucinación. Desde el punto de vista científico podría ser también un simulador de la locura. "Vuélvome a hacer el loco", dice Hamlet a su amigo Horacio en mo-

---

(1) Para aquellos que son capaces de percibir los sutiles matices de la lengua inglesa, ninguna traducción podrá alcanzar la maravillosa y penetrante exactitud del original del retrato hecho por Ofelia (Act. II, Esc. I):

My lord, as I was sewing in my closet,
Lord Hamlet, with his doublet all unbraced;
No hat upon his head; his stockings foul'd,
Ungarter'd, and down-gyved to his ancle;
Pale as his shirt; his knees knocking each other;
And with a look so piteons in purport
As if he had been loosed out of hell
To speak of horrors, — he comes before me.

mentos en que sus atinadas reflexiones pudieran ser sorprendidas. "Duda lo cierto, admite lo dudoso", escribe en su carta a Ofelia. No es un loco. Tampoco es un simulador. Su ataraxia lo arrastra a la lógica del corazón, y hace de su vida una geometría del destino. Hamlet dice a su madre, después de matar a Polonio: "Es verdad, madre mía, acción sangrienta y casi tan horrible como la de matar a un rey, y casarse luego con su hermano". *(A bloody deed! almost as bad, good mother, as kill a king, and marry with his brother.* Act. III. Esc. IV). Hamlet se vuelve la conciencia del viejo crimen, la voz que recuerda a cada momento la vida miserable de los verdugos. "Porque soy piadoso, debo ser cruel", agrega. Desprecia la bajeza de los lacayos, y pasa entre la servidumbre de los seres como el espectro de un castigo. Su anatema a los cortesanos es formidable. "Esponjas de chupar favores, que luego de exprimidas por el amo, quedan de nuevo enjutas". No concibe el bien sino fuera de la naturaleza humana,

y somos para él un musgo de maldición y de muerte envolviendo al mundo. "Si a los hombres, dice, se les hubiese de tratar según merecen, ¿quién escaparía de ser azotado?" Y luego se pregunta con qué fin los miserables como él han de existir arrastrados entre el cielo y la tierra. Cree defraudar la vida, escapando por la ataraxia de los sueños, que no son más que una sombra, como dice a Polonio, "la sombra de una sombra". Su realidad es el gran misterio negativo de su conciencia.



Hay un método en su desvarío, una música en su insensatez. Dice a Guildenstern, con ironía, mostrándole la flauta que el cortesano no puede tañer y a la cual es incapaz de arrancar una sola nota armoniosa: "¡Pues mira en qué opinión tan baja me tienes! Tú me quieres tocar, presumes conocer mis registros, pretendes extraer lo más ínti-

mo de mis secretos, quieres hacer que suene desde el más grave al más agudo de mis tonos; y he aquí este pequeño órgano, capaz de excelentes voces, de bellas armonías, y al cual, sin embargo, tú no puedes hacer hablar. ¿Y juzgas que se me tañe a mí con más facilidad que a una flauta? Dame el nombre del instrumento que quieras: por más que lo manejes, jamás conseguirás hacerle producir el menor sonido" ([1]). Hamlet busca la sobriedad en el tumulto, la delicadeza en el huracán. Teme a las palabras como al hollín que ensucia la pureza del pensamiento. Quisiera pensar en silencio, sin hablar. Quisiera ser como el cielo, claro y azul, como el cielo que no dice que es profundo, pero que

---

(1) Why, look you now, how unworthy a thing you make of me! You would play upon me; you would seem to know my stops; you would pluck out the heart of my mystery; you would sound me from my lowest note to the top of my compass; and there is much music, excellent voice, in this little organ; yet cannot you make it speak. Sblood, do you think I am easier to be played on than a pipe? Call me what instrument you will, though you can fret me, yet you cannot play upon me. (Act. III — Esc. 2).

sugiere la idea de la profundidad. En sus consejos a los cómicos muestra de qué terrible manera desprecia al hombre que "a fuerza de gritos estropea los afectos". Y cuando la muerte llega, Hamlet va hacia ella con la atroz melancolía de una máquina que razona. Es la ataraxia desgarradora de Alonso Quijano, el bueno, que besa a la gran sombra entre los espasmos de la lucidez intelectual. Porque en la tragedia de envejecer, la agonía es el motor que nos devuelve al punto inicial de nuestro ciclo absurdo en el universo. Hamlet busca la revelación, y dice a Horacio, su mejor confidente: "Si esto permanece ignorado, mi buen Horacio, ¡qué nombre manchado dejaré detrás de mí!" *(O good Horatio, what a wounded name, things standing thus unknown, shall live behind me!* — Act. V., Esc. 2). ¿Para qué destruir la leyenda de una locura que es la más milagrosa explosión racional de toda la la historia del pensamiento literario? Hamlet apura hasta la última gota la realidad de sus designios. "Horacio, voy a morir, excla-

ma. Tú, que vivirás, refiere la verdad de mi conducta a quienes la ignoran" *(Horatio, I am dead; thou livest; report me and my causa aright to the unsatisfied.* Act. V. Esc. 2). He ahí la leyenda que muere, la justicia que despierta. Ocaso para los hombres, aurora para los siglos. Hamlet es el sol de los crepúsculos, donde la melancolía de la muerte se confunde con las resurecciones del amanecer.



Aquella noche de Navidad la niebla era más espesa que nunca. Desde mi habitación del hotel miraba confusamente hacia la calle, donde hombres y bestias chapoteaban en la nieve sucia de barro. Un rumor sordo, prolongado, subía hasta mí desde el Strand. Las luces de Charing-Cross, como ahogándose entre velos de bruma, parecían caprichosos faroles chinos palpitando en medio de las sombras. A través de aquella penetrante tristeza, me sentía dichoso. Una familia

inglesa me había invitado a pesar la velada en su compañía. Después de la cena, accediendo a mis ruegos, la niña de la casa se dispuso a leer a Shakespeare debajo de la lámpara. Era una hermosa muchacha de dieciocho años. Había nacido en la Argentina. No hablaba una palabra de castellano, pero su voz, algo perezosa, conservaba restos de la invencible melancolía criolla. Nos hallábamos ocultos en la penumbra de la habitación. Ella se había colocado en el centro y la luz azulada de la lámpara le daba de lleno en el rostro. Mientras leía, su boca sonriente, sus mejillas frescas, sus hombros desnudos, de una pureza de mármol; sus bucles de oro muerto, sus ojos negros, muy abiertos, daban a la delicada figura los signos de una visión celestial. Había llegado a la página final, cuando Hamlet agoniza en brazos de Horacio. "Yo espiro, Horacio. El veneno sofoca mi aliento. No puedo vivir para conocer las noticias de Inglaterra; pero me atrevo a anunciar que Fortimbrás será elegido. Yo, moribundo, le doy mi voto. Dá-

selo tú, e infórmale más o menos sobre lo que ha ocurrido. Lo demás es silencio..." Y la palabra de Horacio acaba con la amargura de la formidable tragedia: "¡Ya se rompe este gran corazón! ¡Buenas noches, dulce príncipe!" La voz de la niña, repitiendo el último verso, arrullaba suavemente mi oído como la caricia de un mar lejano. *Now cracks a noble heart. Good night, sweet prince!* Y yo sentía pasar a través de aquella frágil criatura, tan adorable, el soplo de una fatalidad cósmica. En sus manos, las mismas manos de Ofelia, de una belleza conmovedora, sentía palpitar el misterio geográfico de ese grave imperio sin fronteras, que confunde el pensamiento con el drama de los ríos o la epopeya de las montañas. Fué de ahí que la Gran Bretaña extrajo los principios constitutivos de su genio. Porque, como dice Hamlet, *the rest is silence,* lo demás es silencio...

IX

Shakespeare posee la geografía moral del genio que no ha perdido su contacto con la savia bárbara de la naturaleza. Y esa geografía moral invade los poemas de las razas que, como los vascos, aun no se han corrompido. Estirpes profundamente puras, que poseen la sagrada grandeza del árbol, creciendo con las raíces hundidas en la tierra y el follaje al viento y al sol. Los vascos viven en la intimidad de la naturaleza, y sus canciones, escuchadas al caer la tarde, cuando la sombra del Pirineo se extiende sobre el valle, sugieren el recuerdo errabundo de esa música tierna que se desprende de los pinos cuando son heridos por las brisas del mar. Su ritmo es el latido de la ataraxia que duerme en el fondo de las violencias obscuras del

universo, y su palabra trae ruido de torrentes y olor de rebaños. "Campos vastos, montañas queridas, campos vastos flanqueados de barrancos, con sus blancos caseríos donde el río se junta con el mar. Estoy en Hendaya, encantado, y los ojos se ensanchan sobre nuestra hermosa tierra eúskara, que no tiene igual en toda Europa" ([1]). La emoción estética es aquí una modalidad topográfica. No hay duda que es goce divino hacer estilo, espiritualizar la palabra, sugerir con la forma objetiva el mundo invisible. Porque, entonces, se vive intelectualmente para crear el instrumento de la armonía interior y dominar la grandiosa orquestación del len-

---

(1) La traducción castellana debilita este zorzico, el cual, en vascuence, posee una fuerza evocadora milagrosa, que lo aparta de todo intelectualismo:

Aran aundia, mendi maitea,
Aran aundia zelayak
Baserri baserreder, zuri zuría
Ixatzuat ibayak.
Hendaya nago zoraturikan,
Zabal zabala begiyak.
Are euskadi lurro begori
Ez dago Europa gustian.

guaje. Pero la naturaleza es simple y flexible en el orden de sus expresiones. Carece de máscara verbal, pero no ignora las sutilezas penetrantes con las cuales las razas viriles construyeron la arquitectura de su pensamiento. La belleza pone un manto suntuoso en la sobriedad voluntaria de la vida. Grecia asciende al universo de la contemplación por la línea discreta de sus templos, esa forma grave, sin desfallecimientos enervantes, que es la madre armoniosa de su poesía y de su estatuaria. Aspasia no consigue romper con su impudicia arrebatadora el freno moral del arte. Friné deja su túnica y su lascivia a la puerta de la casa de Pallas. Por algo el genio helénico quiso alternar el perpetuo fuego de la sabiduría y de la justicia con el descanso que dan los placeres nobles. Afrodita surgió del fondo azul del Mediterráneo oriental para restablecer el equilibrio de las sensaciones. Había que dar un sentido moral a la voluptuosidad pervertida del mundo antiguo. Había que substituir la fatiga del alma con el goce supremo de la

ataraxia. Y el espíritu helénico dió al sensualismo desconcertado toda su gracia ingenua, toda su fuerza creadora. El vicio deja de ser vulgar abyección, porque posee ritmos severos. La cortesana que pasea sus desnudeces resplandecientes ante el Areópago maravillado, hace temblar la barba blanca de los ancianos, abate el cincel de los artistas y acaba por quebrar las tablas de la ley. La belleza triunfa sobre el derecho.

*
* *

Y el arte persiste, a pesar de todo. Es más fuerte que las epidemias, la guerra, la miseria, que todos los peligros que amenazan la estabilidad de la raza humana sobre el planeta. Porque la naturaleza habla, y es elocuente sin la intervención de la especie. Porque la naturaleza, aun cuando los hombres la ensucien; aun cuando padezca, cuando la tierra se encoja o el huracán sople, ella se expresará siempre por medio de sonidos. De ahí que la música resulte estéticamente

el estilo más puro. La música es, por otra parte, un orden moral. Sobre la naturaleza superior del placer estético, se cierne una armonía de la inteligencia, el ritmo organizado por un conjunto de atributos que excluyen toda idea perversa. El mito de Orfeo, amansando fieras, nos resulta ahora una trivialidad enérgicamente justa. La vida se construye con lo vulgar, y la ataraxia nos ha llevado a la certidumbre de que, si vivir es malo, mucho peor es creer que se vive. Y es una escritora de nuestra lengua, Concha Espina, quien al pintar a Cervantes "en la cumbre de su triste y henchida madurez", lo presenta abarcando "el espectáculo del mundo, sin amarguras y sin despecho, con una inmensa y penetrante mirada, con una piadosa ironía, con una blanda resignación". Cervantes plantea la vigorosa dualidad de los fundadores de naciones, de los guerreros, de los hombres que han vivido y soñado. Porque si en Don Quijote la ataraxia es una rebeldía perpetua contra la naturaleza, en Sancho es un sometimiento a las cosas. San-

cho ha descubierto en la ataraxia el gusto de lo inmóvil. Esa obra maestra se nos aparece como una idea fija proyectada en la realidad. Es una manía razonada. Persistir en una idea, hacerla belleza. He ahí el gran secreto de los creadores. No admiremos tanto una obra en sí como el esfuerzo gigantesco que ha sido necesario para realizarla. Hay en el Quijote una perseverancia infinita en la idea fija que le ha infundido vida, y que, a través de las más angustiosas incidencias de la imaginación, conserva su personalidad, se mantiene siempre fiel a sí misma, sin empañarse ni contradecirse. El Quijote es, ante todo, una obra de voluntad. Es la fantasía y el pensamiento de un soldado. No sin razón Sainte-Beuve escribió que de todos los grandes humoristas, Cervantes es el único que tiene lágrimas en su sonrisa.

*

* *

Al reflejar sobre el Renacimiento la burla sonriente aprendida en la sabiduría de la

ataraxia antigua, Cervantes fundó la dualidad contradictoria del espíritu humano y las cosas del mundo. La antinomia es el fermento de la creación. Fué necesario que Jesús, hijo de la cultura helénica, destruyese con la contradicción de la vida la grandeza de su calvario. Fué necesario que resucitase para hacerse amar de los hombres. Cervantes es San Segismundo que mata a Boleslao. Es el santo que ha heredado de Grecia el culto violento de las realidades objetivas, pero cuyos ojos se enternecen de piedad en medio de la sangre. Su vida intensa pone sobre el espectáculo del mundo una gota de ideal que sólo circula con la violencia, y es la fuerza la única entidad que mueve la máquina sutil de su pensamiento. Los soldados del cristianismo habían inventado el mismo símbolo para el poder y para la humildad. La barbarie medioeval caía con estrépito, mientras los legionarios de la nueva idea, con el pie en la garganta de los vencidos, besaban la cruz ensangrentada de sus espadas, la cruz que redime y que mata, la de Cristo y la de Car-

lomagno, la cruz que afronta el martirio y la cruz que crea el martirio. Pero el culto de la medianía niveladora destruyó los últimos restos de Grecia, estrangulando la violencia creadora que dormía en germen en el genio de los soldados cristianos. La democracia vino entonces como una rapsodia sin fin, la eternidad homogénea, la nada en música. Volver otra vez a la ataraxia sin principios actuales, como soñaba Peladan, sería monstruosamente absurdo. Peladan quería volver a rasgar el peplo de las musas, embriagarse entre los mármoles, disputar bajo los pórticos bañados por una luz sonrosada, sin ocaso... Quería resucitar a Grecia con todas sus fallas morales y con todas sus obscenidades anacrónicas. Quería que volviesen los adolescentes maravillosamente bellos, de una belleza casi divina, para reanimar con sus caricias los fuegos equívocos de los filósofos. Quería los cuerpos armoniosos que invitaban al placer con sus desnudeces de mármol. Quería a las cortesanas danzando en medio de la lujuria de las almas y de los sen-

tidos. Quería las carnes palpitantes, con las manchas cárdenas de la orgía asomando debajo de la túnica desgarrada. Quería retener un solo aspecto de ese helenismo infinito que había hecho del vicio un templo dorado, lleno de armonías sutiles, donde los dioses semejaban Anacreontes benévolos y voluptuosos, verdaderos maestros en el arte de robarle a la vida todo su aburrimiento loco, toda su inquietud vacía, todo su dolor inútil. Y en ese sueño insensato, Peladan, que era un aristócrata de las emociones, caminaba sin pensarlo hacia la uniformidad de la técnica moral, hacia la estupidez democrática. Despreciando el valor armónico de la ataraxia, no acertaba a forjar más que una inmensa monotonía social.



La democracia es la superchería que más ha perdurado a través de sus diversas formas contradictorias. Fatalidad que ha resistido la experiencia del tiempo, porque con-

tiene un fondo de farsa espontánea, de comedia natural, de hipocresía profundamente humana. Es el invento por el cual se le ha hecho creer a los pueblos que ellos gobiernan. Comenzó con el debilitamiento de la ataraxia antigua, lo cual no fué otra cosa que la muerte de las realidades disciplinadas. Florece en la Grecia primitiva, ingenua y pastoril; se afirma con la decadencia de la civilización romana, y llega a su apogeo entre las corrupciones abominables del bajo imperio. Nace de la inocencia, afinándose y perfeccionándose con el libertinaje de las costumbres. Falta aún la teoría que explique el fin del mundo por la democracia, que es la descomposición de todos los valores nobles que hacen la única dignidad del hombre. Pero el linaje humano posee el deseo voluntario de vivir, la determinación irresistible de perpetuarse. Quiere que todo empiece de nuevo. La especie forja en los dictadores las defensas naturales contra ese culto excesivo del rebaño que convierte a los espíritus superiores en células muertas de un todo

inorgánico. Yo nunca he sido demócrata en el sentido que el vulgo atribuye a la democracia. La ley del número excluye el perfeccionamiento. Son minorías inteligentes las que han hecho marchar al mundo. La revolución francesa, que los espíritus superficiales consideran como la realidad más pura del sentimiento democrático, puede definirse en tres despotismos complementarios que culminan luego en la resplandeciente dictadura del hombre de los siglos: Napoleón. Se viene al planeta siendo dictador, de la misma manera que se nace poeta o músico. La dictadura es la ciencia de pensar por medio de actos. De ahí que resulte el instrumento más objetivo del genio. El secreto para esos pensadores enérgicos consiste ahora en extraer de la civilización helénica su unidad moral; resucitarla sin revivir los errores que hicieron posible esa misma civilización. Vivimos de la penetración recíproca de dos culturas antagónicas. Nos hallamos en medio de una civilización que, sin ser cristiana ni helénica, no ha perpetuado más que los vi-

cios de ambas sin ninguna de sus virtudes. La obra de crear un orden social, sin fallas hereditarias es la transformación de una voluntad creadora, La dictadura constructiva encuentra en la ataraxia antiplatónica la esencia de su doctrina política. No contradice la sinfonía estéril de los parlamentos. No destierra a los poetas de Academo, ni a los charlatanes del ágora, ni a los filósofos de los pórticos. Sabe descubrir entre el ruido torpe de las palabras el misterio de la verdadera senda. Sabe construir en el caos los fundamentos de las arquitecturas definitivas.

X

No nos hallamos al margen de ninguna filosofía reveladora. Los pensadores envejecen repitiendo las fallas de la sabiduría antigua. Pero todo valor ajeno nos disgusta, porque solamente se adapta a un principio esencial, vale decir, al espíritu que lo ha forjado. No hay más novedad que la novedad de la combinación. El número de notas es limitado, pero las combinaciones de la música son infinitas. No concebimos nuevos sistemas. No creamos nada nuevo. Cada sér es una forma distinta donde se vierte nuestro pensamiento. Cada sér conoce la idea según el molde que la contiene. El mundo de las abstracciones vive con el sello de nuestra frágil personalidad. No es la idea lo que nos deslumbra, sino el cuerpo que parece mover-

la. Lucha la personalidad siempre cambiante, la personalidad que se transforma, infundiendo el movimiento y la renovación en la vida de lo inmutable. Aun dentro de las mismas ideas de la mayoría, el espíritu se agota por individualizarse, se deshace en su esfuerzo desesperado por gobernar el destino de las cosas. El origen de la fe hay que buscarlo en la discordia de las sensaciones puras. A esa permanente desigualdad de formas se debe que los hombres no se pongan jamás de acuerdo. Por fortuna, la sórdida molicie de los sentidos no ha invadido el orden de las actividades mentales. Es a fuerza de disputar que nacen las creencias. Es a fuerza de no creer en nada que se fundan los dogmas.

*
* *

Muchas veces habéis oído hablar del placer de los triunfadores, de la suprema embriaguez de la gloria. Los hombres se aturden con palabras, y en una época que pro-

clama la bancarrota de las influencias sobrenaturales, la retórica hace todavía milagros; desciende como una fuerza de otro mundo sobre nuestra sensibilidad trastornada por el absurdo refinamiento de treinta ha hecho de nosotros rebaños de monstruos siglos de civilización. La cultura espiritual armónicos, de la misma manera que la técnica de la energía, en el orden físico, ha creado esos gigantes de metal, pesados y flexibles, que se adelantan al huracán y que parecen dominar la muerte. Estéril para el pensamiento, nuestro esfuerzo objetivo resulta fecundo por la disciplina que él sabe introducir en el desorden de las cosas y en el vértigo de las realidades sensibles. El conflicto secular entre el helenismo y el espíritu cristiano no ha realizado aún el equilibrio ideal de dos culturas que, lejos de rechazarse, se van impregnando la una de la otra y se complementan maravillosamente en un plano superior a la razón humana.. Mientras la armonía de los valores no constituya una verdad moral, ser útil significará alte-

rar las formas en lucha del entendimiento, forzando el proceso lógico de las ideas, desequilibrio radiante en su concepción, siniestro en sus finalidades, de donde brota la irresistible vanidad del placer, esa vanidad del placer que no es otra cosa que el dolor con máscara, que el sufrimiento exasperado por las carcajadas de su propia sombra. El helenismo se filtra a través de las hoscas fronteras del imperio latino, y crea una civilización abominable. Roma se nos antoja bella solamente en Tácito o en Montesquieu, cuando la vemos perderse en las lejanas perspectivas de la historia. Luego, el espíritu cristiano, derribando el orden jurídico, domesticando la arrogancia de los bárbaros, aplacando la febril voluptuosidad de las sociedades corrompidas; atraviesa como una flecha de fuego las espesas sombras de la Edad Media y prepara el amanecer augural del Renacimiento. El helenismo se afianza a través de las formas cristianas. La resurrección de la antigüedad, el culto de los moldes clásicos, la victoria de las estatuas, pareció

realizar por un segundo la soñada armonía de la justicia y de la belleza. Pero la fuerza del cristianismo se desvaneció en el aire de aquella mañana resplandeciente, palpitó de angustia bajo los torsos mutilados, agonizó sobre las blancas desnudeces de los mármoles. ¿Acaso podían llamarse representantes del espíritu cristiano aquellos abates maliciosos y galantes que escribían billetes perfumados a las cortesanas; aquellos monjes pacientes y huraños que recitaban en la celda los desenfados de Marcial y que traducían las impiedades de Luciano; aquellos monseñores fastuosos y crueles que se movían como espectros sangrientos en la diplomacia de los príncipes, y que apilaban entre sonrisas los leños de esa hoguera nunca extinguida que consumía sin descanso carne de mártires? Ese deseado equilibrio entre el cristianismo y el helenismo no fué más que una ilusión ardiente. El espasmo que creó la llama inmortal del Renacimiento, pulverizó la lámpara de oro colgada en la puerta de Europa. Las chispas se esparcieron en

torbellinos, transformando las cenizas en limo fecundo. De ahí que la revolución francesa, bajo su forma áspera, llevó a la lucha los valores del espíritu cristiano hollado y vilipendiado por el orgullo insensato de los monarcas, quienes, al restablecer el cesarismo romano y la unidad despótica, se alejaban lentamente de Jesús. El choque se realizó en sus aspectos más formidables, conmoviendo los fundamentos de la vieja organización social. El siglo XVIII proclamó la inviolabilidad de la persona humana, resucitando la ideología cristiana en su verdadera pureza. La democracia que es ideal de señores desposeídos, intervino en el momento oportuno para cortar los progresos de esa suerte de paganismo oficial que deslumbraba a los humildes y que se apoderaba de los corazones sencillos. He ahí por qué las ideas capitales de la mentalidad cristiana no engendrarán jamás, como lo entiende Nietzsche, una moral de esclavos. Son las conciencias libres, las conciencias escarnecidas y despojadas por la injusticia, las únicas fuer-

zas que crearon el derecho de los humildes. Los esclavos no pueden tener una moral, puesto que son incapaces de concebirla. La esclavitud no necesita de dogmas. Si el siglo XVIII fracasó en el sentido de obtener el equilibrio de esos grandes valores espirituales que se disputan la soberanía de la historia, se debe a que la Revolución pretendió triunfar exagerando el mito cristiano de la igualdad. Todavía padecemos las consecuencias de esa vertiginosa locura de las ideas. *Patere legem quam ipse fecisti.* Nietzsche, al referirse a Schopenauer, sostiene que es "el caso más grande de falsificación de valores psicológico que ha existido, excepción hecha del cristianismo". Reduciendo su brumosa terminología germánica a imágenes meridionales, podríamos agregar que, para Nietzsche, combatiendo en Schopenauer a los herederos de la interpretación cristiana, la igualdad social resultaría la librea de nuestro tiempo, el traje que mejor sienta a los lacayos. Nietzsche no lo ha dicho, pero la lógica nos arrastra a esta afirmación. Nive-

lar no es corregir. Frente a las miserables desigualdades, aceptadas por la baja dicha de las almas, desigualdades que escapan a las conciencias hundidas en el fango de satisfacciones groseras, se yergue el sagrado dolor de los creadores, la angustia del genio impotente para reformar la base íntima de la vida, el sufrimiento del hombre que nada puede, y de quien todos esperan la palabra reveladora. Hay una metafísica del dolor de poder ser útil, que es necesario reconstituir con los fragmentos palpitantes que vamos descubriendo a lo largo de los senderos inexplorados y solitarios; hay una virtud prodigiosa, sin ternura ni cólera, pero que excita hasta la embriaguez la irritabilidad de la máquina humana. Todo triunfador lleva dentro de sí un Esquilo desesperado y rugiente. La pasión dionisíaca flota en el universo, que es el azar de las primeras causas, y para el espíritu superior no existe otra certidumbre que la duda, el espectáculo del pensamiento que huye, la eterna tra-

gedia de la idea que se mata a sí misma, la vida escapando a la penetración de la vida...

*

* *

Cuando la especie, por eliminaciones sucesivas, llega a forjar un tipo incomparable de selección, algo así como una flor delicada y deforme, un mecanismo gigantesco y frágil, que ve lo que los otros no ven, que siente lo que los otros son incapaces de sentir, que salpica de perfumes sutiles la vulgaridad del vivir cotidiano; cuando llegamos a ese laboratorio de monstruos es porque una parte de la humanidad se debilita, se hace sumisa y fanática, aceptando el renunciamiento de su savia vital en beneficio de una familia de seres artificiales, complejos, maravillosamente refinados, donde se acumulan como precioso fluido todas las reservas seculares de la cultura. Motor que se estremece, que se agita, que vibra, trabajando bajo la alta presión del genio, esa fiebre devoradora que nos lanza al espacio, detrás del ideal, galopando

sobre relámpagos, ensombreciéndonos piadosamente las trivialidades del mundo, la insoportable frivolidad de la vida de familia; esa fiebre que nos hace olvidar de nuestra pobre condición humana, que nos ciega para la nieve que cae sobre nuestro cráneo y para el barro que mancha nuestras sandalias... El espíritu avanza sin cuidarse de los elementos exteriores que combinan los matices del pensamiento, insensible a las representaciones objetivas que forman los eslabones lógicos de la vida mental. Luego siente una incapacidad orgánica para subordinarse a las leyes y las manías de los demás hombres. Hecho de substancia abstracta, trabajada por imágenes milenarias, el espíritu superior tiende a reintegrarse en el infinto de sus propias visiones. Subir, subir... Aligerarse de los estorbos terrenales, despojarse de la miserable vestidura, fundirse en la inmensidad celeste, transformarse, embriagarse, sacudir el polvo de los años en el silencio de las noches, bajo la bóveda cargada de astros... He ahí el supremo misterio de las

ideas, que son también constelaciones gobernadas por el ritmo de las esferas. ¿Cómo puede surgir del ensueño, de la aventura irreal, el principio de las reformas prácticas? ¿Cómo puede concebirse, dentro de la inteligencia pura, la voluntad de poder ser útil? Aun en el plano nebuloso de las religiones, los diversos aspectos de la liturgia hablan a los sentidos y mantienen permanentemente el contacto de lo espiritual con la realidad. En medio de su pueblo, Emerson puede resultar una impostura idealista, un prófugo de las buenas maneras de la inteligencia. Pero el pragmatismo de William James deja de ser superchería teológica desde el momento en que empieza a desenvolverse como la reintegración, con intereses, de un préstamo de la mentalidad colectiva. Perseguir un ideal práctico mediante el auxilio de la metafísica divina, es el instinto obscuro de todos los sistemas religiosos. Pero resulta absurda la pretensión de medir las fuerzas idealistas de las doctrinas por sus consecuencias objetivas sobre un planeta

ebrio de sensaciones. Las peores insensateces, resplandeciendo en las refinadas perversidades del arte, han abierto surco profundo en la conciencia humana. El sentimiento fanatiza, y la razón destruye los fanatismos substituyéndolos. La inteligencia marcha al rezago de las neurosis. Solamente los instintos hereditarios permanecen firmes. Usamos del entendimiento como un mensajero de la fe, para ahogar nuestras dudas o para justificar los delirios de nuestra sensibilidad exacerbada por las formas dolientes de la vida. El espíritu verdaderamente religioso es reacio a las formas externas del culto, a eso que yo he llamado repetidas veces la técnica industrial de la idea de Dios. Pero no puede concebirse el sentido utilitario de una fórmula cualquiera de renovación metafísica, sin pensar antes en el ensueño desinteresado, tal vez exageradamente abstruso en sus comienzos, acaso demasiado descabellado, dividiéndose luego como un río, en infinitos ramales, para fecundar los misterios lejanos del mundo moral. El génesis

de la voluntad abstracta de servir a los otros, el deseo de poder ser útil, es una idea primitiva de dolor, de sacrificio; es una idea de altruismo, como diría Augusto Comte. Pero no os fijéis en el sistema personal de mi discernimiento, sino en su justedad. La mayoría de los hombres vacilan, porque golpean sobre la nada y se aturden con las respuestas del vacío. Discurrir con originalidad es saber interpretar el teclado de las tinieblas, es acertar siempre, reconociendo en su exacto valor los ruidos errantes del universo. Las escuelas tradicionales de filosofía han obscurecido con su abominable vocabulario los problemas del conocimiento y de la libertad del espíritu. Nuestra luz interior toma sucesivamente el tinte de las diversas substancias que consume, y la verdad proyecta sobre las formas sensibles una orgía de matices. No existe certidumbre única ni dolor inmutable. El helenismo afirma, el cristianismo discute. Dos sistemas de ideas y de opiniones sobre las cosas, dos sistemas que buscan la claridad huyendo de ella. De

este choque soberbio, prolongado por el espanto de las generaciones pensantes a través de los siglos, ha surgido una psicología, una moral y una estética, fuerzas sociales que se complementan en el poder, sin el cual no hay armonía posible, en el poder que es la arquitectura de los grandes valores abstractos. Ante la majestad del helenismo, el espíritu cristiano pierde la gracia reflexiva, arremete con furia, y sale de la justa lleno de bríos, palpitante, la túnica espolvoreada con el oro de Grecia. Por su parte, el genio helénico se aleja llevando en las manos el perfume discreto de la piedad, el encanto suave de las lágrimas, ese imperceptible misticismo del sacrificio que ha hecho la grandeza del espíritu cristiano. Dos sistemas complejos, condenados a no ponerse de acuerdo jamás, a desconocerse recíprocamente, a desgarrarse, a confundirse, sin perder cada uno de ellos el secreto de su sabor original. El helenismo rechaza la sospecha de la libertad frente al destino. El cristianismo admite el libre albedrío para asegurar la eficacia

de esa difusa doctrina de la sanción que reina más allá del aniquilamiento. De ahí el conflicto de las sectas defraudadas por la incapacidad de su propio juicio, del arrianismo, del maniqueísmo, de todos los cismas que no son en el fondo más que la instrospección de las conciencias que tratan de descubrirse dos veces a sí mismas, exprimidas hasta la tortura, trituradas en su fiebre de cosas nuevas. De ahí la lucha religiosa entre las primeras dinastías berberiscas que llevaron a los musulmanes de España los recelos, las desconfianzas, la anarquía interior de esa doctrina de Mahoma, sin originalidad virtual, que es una segunda edición corregida del cristianismo. De ahí la guerra santa proclamada por los almohades del imán Al-Mahdi, en nombre de la unidad de Dios, contra los almoravides de Ali-Ben-Yusuf, que se habían dejado asaltar por las dudas elegantes del espíritu helénico. Bajo los nombres más variados, el helenismo y el cristianismo quedan en pie como el símbolo de la hostilidad milenaria de dos culturas

que se disputan el imperio moral del mundo. La palabra es lo pasajero; el hecho es lo eterno. Juguete brillante que la crítica convierte en humareda lívida, la palabra agoniza bajo nuestros ojos, se estremece, se va para siempre, pasa como una sombra fugitiva. Del esfuerzo milagroso de la escuela de Alejandría, que pretendió armonizar y vincular esos dos universos de la inquietud humana, no queda más que un recuerdo descolorido. Su vano eclecticismo de subterfugios, más vano y frágil que el de Cousin que era un eclecticismo de bellezas morales, ha marcado el punto de referencia que en las historia del pensamiento sirve para separar el espíritu pagano de las nuevas formas de la cultura. En su esfuerzo para unir modalidades contradictorias, crujieron los moldes de la escuela de Alejandría, y peligrosas grietas aparecieron en el mundo de las viejas arquitecturas. Pero todo no pasó de ser una falsa alarma. Los hechos demostraron que el idealismo cristiano, al iluminar las ruinas de la sociedad antigua, hizo arder el misterio de

las inteligencias sepultadas bajo el polvo de las centurias. Como del rudo choque de los pedernales, brotó la llama reveladora, el chisporroteo sagrado, la lumbre palpitante que galvanizó el sentido psicológico de la civilización. ¿Cuándo se encontrarán sin disputar ambas tendencias? Tal vez el equilibrio se halle en la ignorada ataraxia de todo lo que no comprendemos, en el perfeccionamiento que es la suprema felicidad dentro de lo infinito, en la ausencia de dolores y goces, el nirvana, la muerte...

*

* *

Disputar es la soberana alegría de los fuertes. La disputa nace de la discusión, del libre examen, de la voluntad en la interpretación de los cosas. El placer de la tranquilidad que fluye de la concordancia mental del hombre con las realidades del universo, no puede admitirse sino fuera de las terribles luchas de la vida. La misma razón de la

existencia reside en la disputa, en la antinomia constante entre el espíritu y los objetos que se conocen por el espíritu. Hay fallas mortales, por otra parte, en las aptitudes humanas para deliberar. El abismo en el cual nos hundimos poco a poco va apagando los matices de nuestra voz, nos llena la garganta de espesas tinieblas, y acaba por sofocar el aullido impotente de nuestra cólera. En ese momento empieza la verdadera armonía. Ante el silencio que nos estrangula, ante la esfinge que no responde a nuestras dudas, que aplasta nuestras preguntas con su garra de bronce, la inteligencia se encoge y vacila. He ahí otro aspecto formidable del dolor de poder ser útil. ¿Cómo arrancar la verdad única para trasmitirla a los demás hombres? ¿Cómo individualizarla en el mundo impenetrable de los enigmas? ¿Cómo descubrirla y reconocerla entre todas las formas absurdas del pensamiento? A pesar de todo, la verdad existe. Pero espanta pensar que ella, que es el equilibrio entre dos fuerzas que la discuten, pueda ser buscada del

otro lado de la vida, más allá de las fronteras de un sueño. Nuestra época ha inventado un suplicio tan atroz como el de la tragedia antigua. El Prometeo moderno se halla rodeado de fuerzas crepitantes. No sabe elegir, porque su espíritu delibera demasiado, porque le asusta meditar en la posibilidad de equivocarse, porque teme dejar la luz verdadera, llevándose solamente los fuegos fatuos. Y el Prometeo moderno evoca deslumbrado la dicha de los seres inútiles, mecidos por la sensualidad humillante de los instintos, ajenos a los nobles tormentos de la inteligencia, libres de descontento, de sospechas y de cadenas. El placer que se busca fuera de los sentidos no es más que el fantasma de una idea agradable. Las satisfacciones se alejan del nuevo mártir deshecho por la dialéctica, carcomido por el veneno de las incertidumbres. Esquilo no imaginó jamás esa angustia espantosa que se sobrepone a los dolores de la pena física. Aquí no existe monte glacial y escarpado, ni buitre cruel, ni entrañas incesantemente renova-

das. Aquí no se ve la sombría teatralidad del castigo. Hay simplemente un héroe de apariencia vulgar, severo y triste, acosado por el enjambre de las ideas, que arde y se consume en esa llamarada interior que quiere trasmitir a los hombres. Sin embargo, la humanidad puede clasificarse en castas por las formas más sutiles y elevadas del sufrimiento. Primero vivir, es cierto; después filosofar. El hombre vulgar vive solamente. Los espíritus superiores filosofan. De ahí la intensidad de su vida intelectual y afectiva. Filosofar es vivir dos veces. El hombre que sólo se considera capaz de subordinarse a la vida, no puede sentir mortificaciones, porque sabe que nadie espera nada de las aguas quietas. No es necesario retornar al antiguo ascetismo, volver al cilicio y la meditación de los cenobitas para obtener la disciplina del espíritu. No es necesario macerar deliberadamente nuestras carnes, afligirnos con despiadadas penitencias, para librar el alma de abominables impurezas. No es necesario acorazarnos con el martirio pa-

ra rechazar las flechas del pecado. El precioso metal de la revelación no brilla ahora en la palidez de los ayunos ni en la mano descarnada de la miseria. La energía espiritual de los hombres se purifica y rejuvenece en la vida de los ideales, suplicio refinado que nace de la rebeldía sistemática de la inteligencia contra el desorden de la naturaleza. El idealismo ardiente de la utilidad no tiene su origen en un desfallecimiento de la razón, sino en las cualidades positivas de nuestro sér sensible. El cerebro es certero; el corazón es equívoco. El cerebro golpea siempre, aun cuando no dé en el blanco. El corazón acierta equivocándose; busca las vías obscuras y escondidas, marcha por tanteos inciertos, procede por intuiciones ignoradas. ¿Cómo explicar entonces el misterioso proceso de los espíritus contradictorios que se asemejan, y el desdoblamiento impresionante, en proporciones desconocidas, de una misma conciencia moral? Séneca, enlodado con todos los vicios de Roma, se aturde con el estruendo de la virtud. Suetonio,

el honesto historiador de la palabra fementida de los Césares, parece provocar las depravaciones imperiales con el exceso de su celo. La aberración real o imaginaria de los otros, es la lógica de su pensamiento. He ahí al maestro de los simuladores dignos, al severo comediante que finge con austeridad, que miente con nobleza, que ni para el sacrilegio se arranca su impasible máscara de juglar de tragedia; es Tespis que agita toda la historia sobre el tablado, que recorre los siglos a su antojo, y que hace hablar a los espectros. Un velo brillante cae sobre las desnudeces grotescas e impúdicas. Platón no ve las legiones desarrapadas que vuelven de la matanza, ni los pétalos ajados de los festines, ni las mejillas marchitas de las cortesanas. Su aliento empaña el resplandor de la inteligencia ajena, mientras que la canalla que también piensa por el espíritu de sus filósofos vagabundos, hace de los raídos harapos el estandarte de la hostilidad hacia las formas puras del intelecto. Artista de los vocablos, soñador atiborrado de emociones y

de retórica, el concepto en Platón es lo universal, la fuerza que pasa por grados al perfeccionamiento de lo infinito y de lo divino. Aristóteles forja contra Platón una metafísica de la injuria. En la música sublime de las ideas el gran demoledor introduce compases furtivos. Aristóteles trata de conciliar las opiniones de los pensadores, y crea ese sentido escéptico que invade toda su doctrina y que es la llave maestra de su filosofía. No obstante las especulaciones abstractas que lo sacuden violentamente, el filósofo no pierde el contacto con las bajas realidades de la utilidad. ¿No fué el mismo Aristóteles, según los relatos de Plinio, quien proporcionó a Antipatro el veneno que debía matar a Alejandro? Como vemos, el crimen no hace vacilar su fe ni pervierte la salud ética de su escepticismo. Santo Tomás, en el deseo de asociar las consecuencias prácticas del conocimiento, afirma su parentesco con Diderot y los enciclopedistas. Un hilo invisible y coherente enlaza en el tiempo a los espíritus más francamente opuestos. Descartes, que

era un místico a su modo, un racionalista que se elevó a Dios por la idea de lo perfecto, funda el método de las ciencias, construye sin saberlo la geometría del ateísmo. Lutero es un delirante que crea sistemas definidos de organización política. Haciendo reposar sobre la fe la autoridad de los emperadores germánicos, esgrime con astucia la paradoja del libre examen contra el despotismo espiritual de Roma. De esta manera levanta el edificio de la Reforma, con un pie en el fervor de las conciencias y otro pie en el poder de los príncipes, esas castas desorientadas a quienes Lutero hace recibir la gracia directamente de Dios, sin necesidad de intrigantes y molestos intermediarios. Habríamos explicado hace muchos años el proceso de las contradicciones más difíciles, más finas, más llenas de perfidia, pero hemos preferido perder el tiempo en condenatorias estériles. El anatema no descubrirá jamás nuestro verdadero camino, sino el análisis. Si ahora empezamos a comprender algo, es porque marchamos disecando. Hemos cam-

biado simplemente nuestro sistema de aniquilamiento. La cólera antigua fulminaba con la insensatez. El furor moderno destruye en medio de una paciencia glacial, sin dejar cenizas ni hogueras detrás de su paso. Solamente el rastro helado del método nos indica que hay una fe que desaparece y que se substituye, grandezas que se agotan, ideales que agonizan, cual si la muerte soplara sobre el planeta, derrumbando tesoros y aventando el sueño de la siglos.

*

* *

El matiz más seguro de la certidumbre reside en la incapacidad de la razón para regular la vida de los hombres. Somos mecanismos demasiado ilógicos, demasiado impulsivos, demasiado irritables. De la inconstancia de la voluntad, la fragilidad de los sentidos y las flaquezas del entendimiento, derivan esas infinitas gradaciones en la ingratitud de los pueblos, esas inmensas escalas del afecto que forman el timbre más no-

ble en el dolor de poder ser útil. Imposibilidades extrañas, semejantes a las que llevaron a Klopstock al desorden de las imágenes mentales, haciéndole borrar la primitiva interpretación de su propia obra; imposibilidades idénticas a las que arrastran a rebelarse al soldado que manda soldados, como Marmont, a pesar de que ha enseñado la ciencia de obedecer y que ha aprendido en la escuela de la disciplina. Existen distintas personas en una sola, que se desconocen recíprocamente, pero que obran por impulsiones propias, pudiendo descubrirse la misma dosis respetable de sinceridad en esa gama ilimitada de los desdoblamientos. Jueces austeros que en su rango oficial se hallan acostumbrados a pesar los hechos, a medir las pruebas hasta en las expresiones más delicadas, que no condenarían a nadie sin oirlo, se transforman por completo en el orden privado, aceptando primero como verdades la gracia maledicente de las francachelas, fundándose luego en la palabra ligera de las meretrices para deshonrar una reputación,

manchar un hogar o arruinar la inocencia de una vida. Buscamos formas definidas, coherentes, hechos susceptibles de ser organizados en sistemas. Pero cuando queremos engañarnos, somos admirables pedagogos de nosotros mismos. Nuestros actos responden a un plan matemático de falsedades autorizadas. Machacamos hasta que el martillo se hace carne de nuestra carne. La más monótona tautología resulta a veces el mejor paradigma moral. La repetición hasta el infinito de un mismo pensamiento, noble o perverso, es el duende sutil que socava las conciencias. A fuerza de células que perecen, el universo logra crear las inmensas perspectivas de la vida. Es la lucha en torno de la muerte lo que despierta el movimiento de la creación. Y la ingratitud, que es un aspecto psicológico del helenismo, se agita como energía autónoma, como entidad original, como cifra del infinito en ese vasto escenario de las contradicciones. El pudor de la inteligencia armoniza discretamente con el desenfado de los sentidos. La sabiduría

griega creó el sofisma del razonamiento, el cual desapareció frente a la parábola que es el sofisma cristiano de la sensación. La tradicional leyenda apostólica que inoculó en la conciencia humana el desprecio del cuerpo, el horror del sexo, la repugnancia al noble juego de los músculos, rompió el círculo de los dioses glotones, encanallados por el vaho de las orgías, y no hizo otra cosa que desviar las formas exteriores de la ingratitud. La sangre del macho cabrío sacrificado, vertida a borbollones, corriendo a raudales, canta el himno eterno del heroismo y de las lascivias de Grecia. Los sentimientos salvajes hierven bajo la impasible forma apolínea. Y ese hormigueo subconsciente estalla de pronto en notas de bronce, en torbellinos de color, en estertores de voluptuosidad. Al fin se desataban las sandalias de cordones dorados, y las arrugas estatuarias de las clámides, como esculpidas a cincel, caían deshechas a los pies de los oficiantes. La ingratitud silbaba solapadamente, como una víbora, en las fiestas de Dionisos, cuando

chorreaba sobre los torsos desnudos el vino de Laurona; cuando se balanceaban en lo alto de las pértigas los pámpanos de Samos; cuando las ajorcas de marfil, oprimiendo los finos tobillos de las bacantes, se manchaban de zumo escarlata; cuando en los rincones del ágora se amontonaban los almetes de los hoplitas, brillando bajo el sol como ánforas de oro repujado; cuando los sacerdotes de frente amplia, de rostro risueño y cordial, inflamados por el vapor de los lagares, aullaban delirantes... Aquella era la fiesta de la embriaguez, de la lujuria y de la locura, la fiesta que engendró la tragedia entre los pliegues de su risa, que salpicó las claras columnas de los propíleos con las gotas sombrías de la muerte. Mantos de ébano con lágrimas de jaspe, escabeles recamados de plata, látigos que vibraban, según la expresión de los poetas, como bejucos agitados por la tormenta... Los esclavos nubios danzaban y reían al son de los címbalos, en medio de contorsiones feroces, saltando como tigres de Hircania. Hasta el macho cabrío

tomaba formas vivas en el bronce de los escudos. Y en el borde de las fuentes de pórfiro, donde nadaban cisnes de Macedonia, las mujeres etíopes de mirada felina, las doncellas bárbaras, medio ocultas entre velos azules, sin túnica ni cíngulo, esperaban temblando el minuto solemne de verse desfloradas por el ardor viril de los legionarios. Llegada la noche, una llamarada sutil corría en volutas de púrpura a lo largo de las figuras licenciosas de los frisos, donde las carnes adolescentes parecían vivir en el mármol rosado de Tebas. Las estatuas se animaban al resplandor de las antorchas, y las fachadas de los templos ardían en una palpitación de astros moribundos...

*

* *

Ahora bien. El cristianismo, que mató todo ese radioso espectáculo del genio helénico, no pudo ahogar el silbido artero de la ingratitud. Vimos el Acrópolis devastado por los humanistas, el Partenón saqueado

por la escolástica, la casa de Palas Atenea sojuzgada y violada por los apóstoles. A pesar de todo, en los albores del espíritu cristiano, el pueblo embrutecido no perdió el rumbo de las potencias obscuras. En el fondo la ingratitud se movía débilmente, con latidos apagados, como una arteria envuelta en estopa. Fantasmas torpes y mutilados aparecieron en las encrucijadas de la historia. Los hegúmenos gangosos, manejando su griego bárbaro, corrompido por las voces latinas, hicieron sonar sus simandras bajo las cúpulas de Bizancio. Rostros morenos, embadurnados, se recortaban sobre el cielo de turquesa de Oriente. Legiones de místicos flacos y astrosos, embutidos en dalmáticas descoloridas, inundaron los nárthex de las nuevas iglesias, se precipitaron contra las puertas mohosas del bajo imperio, franquearon interminables corredores, se hundieron en las húmedas escaleras de las criptas, para esconder detrás de las espesas bóvedas la atroz inquietud que despedazaba las conciencias. Después de una dolorosa in-

molación, la más sublime de las inmolaciones, la humanidad desvalida esperaba el florecimiento de fuertes egoísmos. El culto del género humano, dispersando las fuerzas, debía ser substituído por el culto del individuo, lo cual significaba la vuelta al espíritu de unidad social. Pero la ingratitud no había sido tallada en las canteras blancas de Paros ni en el flanco desgarrado del Pentélico. Había que buscarla bajo la siniestra custodia de los pájaros de Estinfalo, que ensuciaban a los viajeros con su aliento fétido; había que reconocerla en las rocas ásperas de Tracia o entre los negros peñascos de Fócide, donde Deucalión infundió la vida en los primeros hombres... La edad moderna ha visto sutilizarse prodigiosamente el sentido íntimo de la ingratitud. La existencia del sér elegido es penosa cadena de calvarios. De ahí que el reconocimiento sea una de las formas más puras de la selección individual. Las muchedumbres son genéticamente ingratas; poseen una noción muy vaga de los verdaderos valores morales, y no compren-

den el sacrificio si no se presenta vestido con los atributos de una fulgurante teatralidad. El artista que plasma una nueva fórmula de belleza, debe hacerse perdonar de algún modo el delito de tener lo que los demás hombres no poseen. El conductor de democracias que forja programas quiméricos de perfeccionamiento, espera la gratitud como la mejor recompensa de su esfuerzo, aunque los pueblos saben que en la política no es el anfitrión, sino el invitado quien paga los gastos del festín. El sabio que espía las pulsaciones más sutiles del universo, perece de tristeza y desconsuelo cuando ha llegado al ensueño de toda su vida, a ese ideal que deja de ser ideal desde que lo tocan manos humanas. La ingratitud de los hechos y de los hombres se combina en una droga diabólica que descompone nuestros sentimientos. "El tabaco ha matado el beso", observa Michelet con ironía. Podemos agregar que si el tabaco ha matado el beso, que es la espontaneidad del amor, la ingratitud ha matado la alegría, que es la espontaneidad del trabajo.

Todo puede resumirse en un asunto de venenos y de paradojas. Por encima de esos filtros infernales está el conocimiento medido, contado, amoldado a las inteligencias. Nuestros recuerdos se deshacen en polvo. Colocados en la historia, los sacrificios languidecen; hasta las ofensas pierden su filo y varían de sentido. ¿Qué ha quedado de aquellos sofistas que caían ensangrentados en los pórticos imperiales de la decadencia o empurpuraban las gradas de alabastro de los circos bajo la cuchilla de los eunucos? ¿Qué ha quedado de aquellos altivos patricios romanos del siglo de oro, que agobiaban con un puñado de sextercios la insolencia de los artistas prostituídos, humillándolos bajo el azote de los escudos, donde relucían insultantes exergos grabados con las siglas de Augusto, símbolos del poder y del dominio sobre los hombres? La ciencia embalsama los mitos. La leyenda no es otra cosa que misterio muerto, ocultismo disecado en un escaparate de museo. En la historia la ingratitud rezuma de las viejas heridas como

fría resina. Las tempestades han pasado junto al tronco secular, trayendo hasta nuestra época el enervamiento de la agonía. Ningún suplicio más terrible que querer afirmar una gratitud. ¿Qué ideas circulan con esa sangre tibia que sentimos latir bajo nuestros dedos? ¿Qué pasiones se mueven en el fondo de esos ojos claros donde se retrata nuestra alarma, donde vemos dibujarse nuestros propios gestos de espanto? ¿Qué sospechas crueles atraviesan como relámpagos esa frente que amamos a pesar de todo? ¿Qué secretos punzantes, qué destellos locos se esconden debajo de esa piel rosada y flexible que sentimos estrujar en la violencia de nuestra duda? Cuando no hay espíritu animando la gratitud, no hallamos más que residuos miserables, gritos de rebaño, retozos de bestia satisfecha. Cuando la gratitud no se mueve por un sentimiento ardiente, no es más que una contorsión grotesca; la mueca vacía y estúpida de la fiera que conoce la calma después de haber devorado su pitanza. Debería hacerse del reco-

nocimiento doctrina de acción, escuela de energía, aprendizaje de sinceridad. Tenemos nuestra máscara para la gratitud; pero existe también una luz interior que morirá sin comunicarse, lámpara sagrada cuyo color no conoceremos nunca, lumbre que no puede hablar, porque no hay lenguaje que exprese sus misterios, chispa errante que vuela y se pierde en el éter para recomenzar en el infinito la gran carrera de nuestra vida sin objeto. Los pueblos no comprenderán jamás el inmenso dolor de los espíritus sobre quienes ha descendido el rayo divino. Solamente las altas torres del pensamiento humano podrán recoger a través de los siglos la angustia de los grandes deterrados del afecto, sus deformidades y sus grandezas. Por algo nos conmueve la melancolía de Maquiavelo perseguido, que madura su *Príncipe,* el Maquiavelo que enseña "a los tiranos a ser tiranos, y a los pueblos a destruirlos", el Maquiavelo que huye de la queja enervante de las campanas, mientras se encienden en el oro de la tarde los fuegos de

Florencia y la idea de la unidad de Italia empieza a golpear la recia armadura de los bárbaros. Por algo se estremece todo nuestor sér cuando adivinamos a Tiziano aplastado por una vejez impotente, a Shakespeare desfigurado por la ofensa de los histriones, a Guyau roído por la tuberculosis, a Poe minado por el alcoholismo, a Max Stirner envilecido por la miseria. Luego vienen los espíritus que buscan órbitas sombrías, que se pierden en el torbellino de su propia incomprensión moral. He ahí a Gobineau, edificando su monstruoso sistema, mancillado por las peores aberraciones de la conciencia, disoluto del pensamiento que finge ignorar esa lengua procaz de los corrompidos que no tienen el valor de su libertinaje. He ahí a Nietzsche, contradictorio, personal, movido por personajes funambulescos que hacen sonar en sus manos los bronces incoherentes de la locura. He ahí a Carlyle, llevando a cuestas su pesimismo fisiológico, dominado por una invencible resistencia hacia esas formas luminosas que, a pesar de

todo, él pretendió haber hallado. Las muchedumbres no distinguen más que las expresiones unilaterales de la admiración, del desprecio o de la burla. Todo contribuye a la noble y fuerte soledad de los grandes espíritus. Todo va hacia ese optimismo grave que se oculta en la fortuna y que resplandece en la desgracia. Aun cuando sufre y se marchita, la superioridad es categoría moral que no pierde su trono. El supremo desquite contra la ignorancia de las turbas reside en esa sobria alegría del intelecto que es el único lujo del hambre. La miseria de los creadores será siempre una jerarquía. No hay gloria comparable a la belleza del genio en andrajos.

*
* *

Aceptad sin amargura el dolor de poder ser útiles. Es necesario partir de la idea de que vuestra obra habrá de caer como una lluvia de frías cenizas sobre seres sin sensibilidad moral, incapaces de percibir los ma-

tices de vuestro esfuerzo. A pesar de todo, una energía interior nos empujará a perfeccionarnos en la vana esperanza de perfeccionar a los demás. Se dice a menudo de un hombre que es inteligente, pero que no está preparado, cuando debería decirse: le falta preparación porque no es inteligente. ¿Qué opinaríamos del capitán de un barco que, en medio del océano, se acordase de que le faltan la brújula y las provisiones? Insensatos aquellos que se lanzan al azar de la vida, en viaje incierto y obscuro, despreciando los elementos necesarios para la larga travesía. Es signo de alta previsión saber cuidar nuestro barco, disciplinarlo con el estudio, enriquecerlo con la experiencia de los grandes maestros. El porvenir pertenece a los hombres capaces de observar y de aprender. Debemos hacer que nuestra suerte dependa de nosotros mismos. Hay que habituarse a aceptar la ingratitud como una consecuencia de nuestra propia utilidad en la vida. La abeja no comprendería nuestro elogio, si le dijéramos que la aplaudimos porque su miel es

dulce. Acaso sea una meta definitiva vivir en la salvaje ignorancia de los hombres. Acaso sea el supremo ideal de la vida esa pereza dichosa de los viejos patriarcas. Acaso sea la verdadera felicidad el profundo sosiego de los que nada piensan, el placer tranquilo, sin nubarrones ni tempestades, de los que nada hacen. ¿Para qué subordinarnos a la caricia cruel o amable de las neurosis ajenas? El juicio exterior estorbará siempre nuestro paso. La majestad del trabajo está por encima de las suspicacias humanas. Por otra parte, debemos explorarnos, reconocernos, descubrirnos, antes de emprender nuestro viaje. No iremos más de prisa ni acortaremos el camino, aceptando todas las frivolidades del mundo. El dolor espiritual de los elegidos no espera alivio. Solamente las obras inferiores llevan en sí mismas, como bajo acicate, el germen maldito de la recompensa. En todos los rincones de nuestra alma hallaremos la miserable vanidad del gusano apretado entre los labios de una estatua, el gusano que se cree señor del uni-

verso porque habita el mármol de los dioses. Hay que desechar las visiones impuras que difrazan el verdadero aspecto de las cosas. Hay que combatir las supercherías inocentes de la naturaleza. Hay que arrojar lejos de sí las apariencias engañosas que perturban, las realidades fantásticas que desconciertan, ese aliento de los valores insondables que choca contra nuestros sentidos rotos, que se enfurece contra nuestras fuerzas desgastadas por el manótono ejercicio de la civilización. Defended vuestro egoísmo, pues ahí reposa vuestra originalidad. Cultivad un ideal, cualquiera que sea. Es la manera de no envejecer nunca. Que no entren en vuestro cálculo las probabilidades de la gratitud de los hombres. Trabajad por el trabajo mismo. Esa es la ley implacable que va de los astros hasta los insectos, el mandato del sol que calienta la tierra, la melancolía de la rosa que perfuma el crepúsculo, el destino de la larva que construye en silencio su propia tumba, la fatalidad del abejorro que sucumbe en el espasmo nupcial de la fecunda-

ción... Nada embellece tanto la vida como la lucha sin esperanza. Solamente los fuertes todo lo crean y nada esperan. La ataraxia sobrevive a la ingratitud. Ella encuentra en sí misma los elementos de su propia dicha. Disciplinar los desalientos, enmascarar los despechos, desfallecer entre muecas que quieren ser sonrisas; he ahí la táctica de la impotencia. El sentido de lo imperturbable nos aleja de las liviandades humanas, nace frente al azar y corrige el dolor de poder ser útil. La ataraxia nos vuelve a la acción sin reposo, la acción *que nos salva del ensueño,* según la frase melancólica de Alfredo de Musset. ¡Motor prodigioso, corazón fantástico que no se detiene nunca y que corta el destino en latidos! Todo marcha a la suprema realidad moral, hacia el espíritu definitivo de la justicia que desaloja al bandido, que mata el goce clandestino de los incapaces y que destruye la gloria furtiva de los mistificadores. La verdad sabe resistir esa furiosa voluptuosidad de disolución, ese placer desenfrenado que estrangula la vida. La

ingratitud se deshace también junto con el hombre. Es el secreto que seduce, el misterio que pone su marco discreto a la belleza del sacrificio, la sombra que hace brillar nuestra casa en llamas. Pero el espíritu triunfa sobre la descomposición irremediable de las cosas. El dolor de poder ser útil es el lecho eterno del artista, la audacia inmortal de los creadores, el paraíso rojo como la sangre y agrio como las lágrimas. Es la ataraxia que, al quebrantar nuestro corazón inflamado, crea otros corazones que nos comprenden; la ataraxia que nos rehace fuera de nosotros mismos. Yo acepto sin amargura la fatalidad de esa ley implacable que debe partir mi vida, y donde otros hombres vendrán a encender su antorcha. Esos hombres no permitirán que mi fuego se apague. Ellos volverán a soñar mis propios sueños. Porque sé que no hay más remedio que resignarse ante el destino cruel que me va envolviendo en sombras. Enigma que ensancha mi espíritu mientras lo destruye. Demonio invisible que, al empujarme lentamen-

te hacia el abismo, me deja el consuelo de que, renaciendo en los otros, he servido para multiplicar en el infinito las bendiciones de la luz.

FIN

INDICE

Envío 5

Ataraxia 13

Cap. I — La ataraxia de lo inactual 18

» II — » » de lo actual 27

» III — » » de las fuerzas creadoras 38

» IV — » » de la dispersión . . 50

» V — » » del pragmatismo . . 62

» VI — » » de los místicos . . . 76

» VII — » » de la partida 86

» VIII — » » de envejecer 92

» IX — » » de la naturaleza . . 102

» X — » » del dolor útil . . . 114

